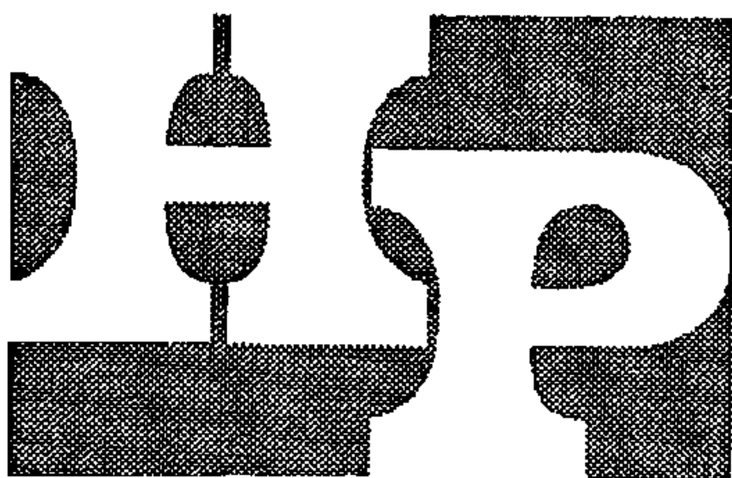
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Silver Kane

EL ULTIMO CABALLERO





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL ULTIMO CABALLERO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 21
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Depósito legal: B 12565-1970

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El poblado se llamaba Fort Laramie. Pero no tenía nada de fuerte, pues consistía en tres calles abiertas a la llanura pelada y un árbol, un solo árbol, donde iba a ser ahorcado un hombre.

Un rebaño que iba de paso se había puesto a dormitar en las afueras de la pequeña ciudad. Algunas reses mugían impacientes. Pero nadie les hacía caso ni se preocupaba de llevarlas hasta el abrevadero, porque todos los conductores estaban bastante ocupados presenciando la siniestra ceremonia.

El hombre que iba a morir era joven. Tendría unos veinticinco años. Y había pedido como última gracia que le dejaran morir con sus dos revólveres al cinto.

Naturalmente, en esos revólveres, que ahora brillaban al sol, no había una sola bala.

—¿Estás preparado, Maxim? —rugió un hombre alto, fuerte, que se hallaba a punto de tirar de la cuerda.

—He estado preparado para esto desde el momento en que nací.

—Muy bien. Pero procuraremos que te des cuenta.

Maxim sonrió tristemente. Terminaba muy joven su vida. A los dieciocho años había aprendido a tirar con revólver, y a los veinte se dio cuenta de que todos los hombres que habían intentado desafiarle estaban muertos y lanzando alaridos desde las fronteras del Más Allá. Se dio cuenta también de que eran doce, tal vez catorce, los hombres que habían acabado frente a sus armas. La vida en la frontera era dura, salvaje, despiadada, y no admitía más normas que las de matar o morir.

Todas las muertes causadas por Maxim lo habían sido cara a cara. Todos los hombres que murieron frente a él merecían la muerte. Pero Maxim se dio cuenta de que los salvajes, en el Oeste,

eran muchos más de doce, muchos más de catorce, muchos más de los que él sólo pudiera matar. Y entonces fue cuando se unió a otros cuatro hombres como él y juntos formaron el terrible quinteto conocido por «Los Caballeros de la Llanura».

—¿Qué se proponían «Los Caballeros de la Llanura»? —preguntó uno de los que iban a presenciar la ejecución, como si acabase de adivinar los recuerdos que en este momento poblaba la mente del condenado.

—Los *sheriffs* nunca han sido suficientes en esta parte del Oeste. Los federales tampoco. Los pistoleros y los granujas hacen cuanto quieren en los territorios de Nevada y Oregón. Para combatirlos nos reunimos nosotros.

—¡Qué romántico! —dijo otro de los que estaban junto al árbol, mientras escupía—. ¡Y qué ridículo!

—A los veinte o veinticinco muertos que jalonan nuestro paso no les debió parecer ridículo.

El que tenía tensa la cuerda gritó:

—¡Menos hablar! ¡Vamos, muchacho! ¡Arriba!

Tres hombres más se abalanzaron sobre la cuerda, y entre todos tiraron de ella. No lo hicieron con demasiada rapidez, a fin de que Maxim pudiera darse cuenta de que moría. Su cuerpo se tensó, formando un arco, y lo que tardaron sus talones en despegarse del suelo pareció una eternidad. Cuando al fin aquellos cuatro hombres amarraron la cuerda al tronco, dejando bien colgado y bien muerto a Maxim, los ojos de todos los testigos estaban algo vidriosos. Y eso que eran hombres rudos del Oeste, hombres que jamás se habían asustado ante una amenaza o ante una crueldad.

—Asunto liquidado —dijo el que había pedido a los demás que tirasen de la cuerda.

El grupo de los cuatro verdugos pasó por entre los testigos. Los cuatro se frotaron las manos como si acabasen de realizar una meritoria labor.

—Bueno, ya están listos «Los Caballeros de la Llanura».

—Te equivocas, Joe. Todavía queda Gary. Ese sigue con vida.

—No tardará en caer. Eran cinco, y ya sólo queda uno. Además, ¡quién sabe dónde para ése!

—Pero por si acaso —dijo maliciosamente uno de los espectadores—, habéis hecho colocar centinelas en los cuatro

puntos cardinales. No queréis que os estropeasen la ceremonia.

—Con tipos como ésos son pocos todas las precauciones —dijo Joe—. A Maxim es la segunda vez que lo ahorcan. Recuerdo que en *Dry* Flat, hace seis meses, y cuando ya íbamos a tirar de la cuerda, se presentó ese maldito Gary. Con cuatro disparos liquidó a cuatro hombres. Yo pude escapar de milagro. Y salvó a Maxim. Menos mal que hoy hemos llegado hasta el fin.

—¡Y de qué manera! —rió uno de los verdugos.

—Sí, lo hemos despachado bien. Todas las precauciones tomadas no han sido en vano.

El grupo entró en el saloon, sólo estaba medianamente lleno. Joe encargó *brandy* para todos, y pronto el ambiente se animó como si todo Fort Laramie estuviese en fiestas.

—¿No vienen los centinelas? —preguntó uno—. ¿Hasta cuándo van a estar esos pobres tipos vigilando la llanura?

—¿Pobres tipos? Cobra cada uno diez dólares por su trabajo. Dispararán sobre cualquier jinete que se acerque a una milla de distancia. Hoy seremos nosotros solos en Fort Laramie.

—¿Cuándo piensas retirarlos?

—Cuando anochezca. No quiero que Gary pueda llevarse el cadáver de su último amigo. Es muy conveniente que esté expuesto durante varias horas en la población.

Bebió un sorbo de licor y dijo:

—Seguramente alguno de vosotros se preguntará qué motivos especiales de odio podía tener yo contra «Los Caballeros de la Llanura».

—Sí —dijo desde la barra el dueño del saloon—. A ti, que eres un pistolero profesional, ¿qué te importaban esos hombres?

—Es muy sencillo —dijo Joe, hablando con la suficiencia del que ha terminado bien un difícil trabajo—. Esos «Caballeros de la Llanura» tenían un defecto insufrible.

—¿Cuál?

—Ser unos entrometidos. Si alguien, en Oregón o en Nevada, hacía un buen negocio con una mina, y ellos creían que los procedimientos no habían sido legales, ese alguien tenía grandes probabilidades de morir a manos de «Los Caballeros de la Llanura». Si uno, porque es guapo y buen tirador, conquistaba a una chica, esos tipos iban a liquidarle porque decían que se había ultrajado el

honor de una doncella. Durante estos dos años no ha habido aquí nadie que pudiera hacer nada. ¿Y qué diremos de los negocios? Ningún gran comerciante se sentía seguro aquí. En cuanto «Los Caballeros de la Llanura» creían que había hecho ya un par de jugadas sucias, lo liquidaban.

—He oído decir —dijo otro—, que de todos modos formaban un tribunal y presentaban siempre pruebas concluyentes.

—Aparte de eso —murmuró otro—, he oído decir también que dejaban a los acusados defenderse con palabras y con las armas.

—Y que sólo liquidaron a la peor escoria de estas tierras.

Joe impuso silencio con un ademán de suficiencia hecho con su brazo derecho. Pero ese ademán fue efectivo porque mientras tanto su mano izquierda rozaba la culata de un revólver.

—¿Creéis saberlo todo, eh? ¿Y no sabéis acaso que en estas tierras son sólo los fuertes los que escriben y aplican las leyes? Si los triunfadores no tuviesen libertad de acción, ¿qué sería de estas tierras? ¿Acaso importan dos docenas de indios degollados ante la fundación de un nuevo rancho?

—Joe, no te metas a filósofo —dijo uno de sus compañeros rozándole con el codo—. Bebe y en paz.

Pero Joe ya estaba lanzado.

—Por eso, un grupo de industriales y ricos rancheros nos contrató —dijo en voz alta—. Con dinero se podía convencer a los *sheriffs* cuando éstos se ponían un poco tontos, pero a «Los Caballeros de la Llanura» no se les convencía si no era con palmos de soga o con pedazos de plomo. Por eso les hemos perseguido. Y por eso les hemos liquidado.

—Debo reconocer —dijo el dueño del saloon—, que ha sido un difícil trabajo. Vais a cobrarlo bien.

En ese momento, como confirmando aquellas palabras, un hombre grueso, ostentosamente vestido, se abrió paso a codazos entre la muchedumbre que rodeaba a los pistoleros. Era uno de los hombres más ricos y también de los más inmorales de la región; quizá por eso le respetaban tanto. Las filas de curiosos se abrieron para dejarle paso.

—He visto ahí el cadáver de Maxim —dijo—. Un excelente trabajo.

—Sí —dijo Joe—. Lamento que no haya presenciado el

espectáculo.

—Tenía una ocupación mejor aún. ¿Pasaréis tú y tus hombres a cobrar, Joe?

—Eso no se pregunta, patrón.

—Podéis venir a mi rancho en cuanto anochezca. Os pagaré a todos, la mitad, y Ralph Bunche, como estaba convenido, la otra.

—De acuerdo, patrón.

—Y ahora beberé con vosotros un par de copas. Pienso comprar este saloon. Y, para empezar: ¡Hoy la casa invita a todo el mundo!

Se oyeron exclamaciones, gritos de entusiasmo y auténticos alaridos. Todo el mundo se apretó contra la barra. Las bailarinas acudieron en tropel para rodear al ranchero. Y de pronto una voz dijo:

—¿Estoy invitado yo también?

Todos los rostros se volvieron, y docenas de ojos miraron hacia la puerta, cuyos batientes acababan de oscilar. Vieron polvo, mucho polvo amarillo en la calle. Los conductores de la manada que esperaba en las afueras de Fort Laramie, habían vuelto a sus puestos después de la ejecución, y ahora el rebaño entraba poco a poco en el pueblo. Vieron también, entre ese polvo amarillo, ya en el umbral del saloon, una figura alta, negra, felina.

Ese hombre que estaba ante ellos, mirándolos, quieto como una estatua, pero con las manos a la altura de los revólveres, vestido de negro de los pies a la cabeza, era Gary, el último de «Los Caballeros de la Llanura». Llevaba dos revólveres plateados y esos revólveres rebrillaban siniestramente sobre su negra indumentaria. Joe gritó:

—¡No has podido entrar! ¡Es imposible! ¡He hecho poner centinelas en los cuatro puntos del horizonte!

—No olvides la manada —dijo Gary con una sonrisa cuadrada y seca—. Un hombre que sea un poco ágil puede entrar bien en cualquier sitio, sin que lo vean, sujeto al costado de un novillo.

Joe lanzó una maldición. Todos los hombres que le rodeaban y que no habían tenido una participación directa en la muerte de Maxim, se apartaron instantáneamente. Sólo quedaron en el centro, quietos, rígidos, los cuatro pistoleros y el ranchero que debía pagarles su trabajo.

Éste fue el primero en hablar.

—¿Qué quieres, Gary?

—Quería salvar a mi amigo.

—Ahora ya no puedes hacerlo. Está bien muerto. ¿Qué quieres aún?

—Vengarle.

La palabra restalló como un trallazo en los rostros de los cinco hombres. Éstos se distanciaron un poco.

—Supongo que has venido tú solo, Gary —dijo Joe.

—Yo solo.

—¿Y te das cuenta de que tienes a cinco hombres frente a ti?

—También los tuve en Carson City… y continúo vivo.

Había una extraña calma en la voz del aparecido. Calma tanto más extraña cuanto que no debía tener más allá de veintiséis años, y por tanto, no podía considerársele un hombre absolutamente curtido. En cambio, Joe y sus tres compañeros acababan de cumplir los treinta, unos poco más, otros poco menos, y llevaban quince viviendo del gatillo.

—Creo que nos has dado una magnífica oportunidad —dijo Joe —. Siempre has sido un buen chico. Hubiéramos tenido que recorrer, buscándote, hasta el último rincón de estas tierras. Y tú, amable como siempre, has venido a buscarnos para que nos ganemos descansadamente el dinero.

—Dos mil dólares para cada uno si lo matáis —dijo el ranchero, que había empezado a sudar bajo el grotesco sombrero de copa que llevaba en su cabeza.

—Es poco trabajo, patrón —dijo Joe despectivamente—. Además, el mocito no vale tanto. Se lo dejamos por mil quinientos.

—Es poco precio para tu vida, Joe —dijo Gary rechinando los dientes. Y mientras, sus ojos grises brillaron como los de un gato.

—Siempre fuiste el más difícil de todos, Gary —masculló el ranchero—, y al que más hemos odiado. Pero ahora todo va a terminar. Era el último que quedaba en pie y dentro de unos segundos serás una piltrafa. ¡Matadle!

«Matadle». ¡Qué fácil es decir una palabra así! ¡Y qué fácil era, sobre todo, en la frontera norte de Nevada, hasta 1870!

«Matadle». Y fue él el primero en morir.

Gary se había ladeado, arrojándose completamente sobre la barra mientras sacaba su revólver izquierdo. Hizo fuego con él, y la bala perforó el abdomen del ranchero, manchando de rojo su

inmaculado chaleco color perla. Y al instante Gary tropezó contra la barra, tomó impulso en ella y saltó hacia el otro lado mientras sacaba su revólver derecho.

Todo esto transcurrió con una velocidad increíble y alucinante, tan sólo en un par de segundos.

Joe y sus tres secuaces «sacaron» y enviaron hacia el frente su saludo de plomo. Los movimientos del enemigo habían sido tan rápidos que no pudieron seguirlos. Cuando quisieron rectificar la dirección de sus revólveres, Gary ya estaba en el suelo, a su derecha, y con las dos armas en las manos. Y ya sus gatillos habían vuelto a funcionar otra vez.

Aquella mezcla de pistolero y de acróbata realizó en cinco segundos su siniestro trabajo.

Sus dos revólveres, cruzándose en abanico, vomitaron plomo a la vez. Contra Joe y sus hombres, que a pesar de haberse distanciado un poco, formaban aún un grupo demasiado compacto, voló una verdadera nube de balas. Los cuatro hombres tuvieron la sensación —una sensación brevísima, pues no hubo tiempo para más—, de que disparaban contra ellos desde varios lugares a la vez. Incluso Joe creyó al morir que alguien había ayudado a su enemigo, y masculló una última palabra:

—¡Traidor!

Pero nadie había ayudado a Gary. Había sido él solo. Solo y con la única ayuda de sus revólveres había exterminado a cinco hombres. Y los cinco yacían ahora amontonados a sus pies, con las manos todavía engarfiadas sobre las armas y las facciones contraídas.

Gary guardó sus armas. A su alrededor se había hecho un espantoso silencio.

—¿Alguien más se ha alegrado de la muerte de Maxim? —Silbó —. Por mi parte podemos comenzar otra vez.

Nadie contestó. Los rostros de todos los hombres estaban vueltos hacia los cinco cadáveres. Los ojos brillaban. Y una mueca de estupor curvaba hacia abajo todas las bocas.

—No crea usted que podrá continuar vivo mucho tiempo, Gary —dijo el dueño del saloon, con voz temblorosa—. Hay mucha gente deseosa de exterminar a «Los Caballeros de la Llanura». Ahora acaba de matar usted a cuatro pistoleros, pero el oro correrá hacia

las manos de otros, y la muerte le perseguirá sea cual sea el camino que elija.

—¿Quiere decir que contratarán a nuevos asesinos, no?

—Puede estar completamente seguro de eso.

—No necesita decírmelo. Sé que me perseguirán hasta llenarme la espalda de plomo. Pero no lo temo. Muertos mis cuatro compañeros, no importa que muera yo también. Y ahora, ilustres señores, con el permiso de todos ustedes voy a llevarme el cadáver de mi amigo para darle la sepultura que realmente merece.

Depositó un fajo de billetes de a dólar encima de la barra y dijo:

—Para que éstos sean enterrados dignamente también.

Salió del saloon, volviendo la espalda a todo el mundo sin temor alguno. Nadie se movió, a pesar de que para muchos de los pistoleros que estaban en el saloon hubiera sido muy importante comenzar su carrera eliminando a Gary. Pero después de haber visto cómo se movía y cómo manejaba las armas, nadie estaba dispuesto a probar fortuna con él.

Le dejaron salir, y cinco minutos después todos oían por la calle principal de Fort Laramie al galope rabioso de un caballo.

Un hombre entró entonces en el saloon. Era un hombre que llevaba las manos enguantadas y lucía dos revólveres con las cachas montadas en oro.

Avanzó poco a poco, haciendo sonar sus espuelas, y depositó sobre la barra del saloon un fajo de billetes donde había por lo menos quinientos dólares.

—Para el que los quiera aceptar —susurró—, a cambio de la vida de ese hombre.

CAPÍTULO II

En la plaza de la pequeña ciudad, alrededor de un inmenso árbol, se habían reunido más de cuarenta hombres.

Así como la otra población no tenía ninguna clase de defensa y se llamaba en cambio Fort Laramie, ésta era en realidad un recinto amurallado, con docenas de rifles mirando alerta hacia la llanura, y, sin embargo, se llamaba Pacificville o Lazyville, lo que viene a significar «Ciudad pacífica» o «Ciudad perezosa».

Pero los hombres de esta última ciudad, pese al nombrecito, eran mucho más agresivos que los de Fort Laramie. La lucha constante con los indios les hacía estar alerta día y noche. No salían a la calle si no era armados hasta los dientes. Y ahora, reunidos casi todos alrededor del gigantesco árbol, estaban dispuestos a presenciar un espectáculo salvaje y poco acostumbrado: la ejecución de una mujer.

Una mujer que, por añadidura, era joven y bonita.

No tendría más de veintidós años y era alta, rubia, espléndidamente formada. Alguien le había atado las manos y los pies, por lo que se sostenía en un difícil equilibrio, pero no por eso dejaba de estar igualmente hermosa. El dogal de cáñamo ya había sido pasado en torno a su cuello.

—Ya te has preparado a bien morir —dijo el hombre que estaba frente a ella y que era quien parecía dirigir la ejecución—. Todos esperamos que te vaya muy bien en el otro mundo. Pero ahora dinos si para éste tienes algún último deseo.

Las lágrimas, resbalaron por las mejillas de la mujer, quien por instantes perdía su moral y sus fuerzas. Dijo solamente:

—Que acabéis pronto y no me hagáis sufrir.

—¿Nada más?

—También quisiera que entregaseis a mi prometido el anillo que llevo en mi mano derecha. Arrancádmelo cuando esté muerta.

—Muy bien. Tiene suerte tu prometido, nena. Varias veces nos has hablado de él, diciendo que al fin vendría a salvarte. ¿Pero podemos saber al menos cómo se llama?

—Gary.

El hombre que estaba frente a la condenada, un verdadero gigante, se estremeció. Los que le rodeaban pusieron instintivamente las manos encima de sus revólveres.

—¿Gary? ¿No sabes tú que medio Nevada va tras sus huellas, y que cualquier día morirá acorralado como una rata rabiosa?

—¡Gary puede vencer a cualquiera que trate de acorralarle! Y he estado confiado en él hasta el último segundo. ¡Pero no viene! ¡No se preocupa de mí! ¡No viene!

Los cuatro pistoleros que estaban casi rodeando a la mujer, lanzando una unánime risotada.

—¿Es que esperabas que se presentara aquí, muñeca? ¿Tan valiente le suponías?

Las lágrimas seguían resbalando por las mejillas de la mujer.

—Nunca creí que en un trance así pudiera abandonarme.

—Pues te ha abandonado, preciosa. Ya lo ves. Podremos matarte tranquilamente, y tu muerte nos representará una buena montaña de dólares. Lástima que la experiencia ya no te vaya a servir de nada, pero… ¡fíate de los hombres!

Tras decir estas palabras, el gigante lanzó otra carcajada, que sus tres amigos corearon inmediatamente. Los demás espectadores permanecieron quietos, silenciosos, brillándoles los ojos. La mujer bajó los párpados y trató de concentrarse en sí misma. Debía estar rezando. Los cuatro tipos que estaban frente a ella resolvieron precipitar el fin.

—Basta ya de monsergas. Esta mujer ha sido condenada por ayudar a «Los Caballeros de la Llanura» en sus criminales expediciones. La pena debe ejecutarse ahora. ¡Cúmplase la Ley!

Los cuatro a la vez se precipitaron sobre el cabo libre de la soga, y tiraron de ella con todas sus fuerzas. Aquella ejecución tuvo mucha semejanza con la que en aquellos mismos momentos se celebra en Fort Laramie. Sólo que aquí los verdugos fueron algo más rápidos. La mujer quedó quieta en seguida al extremo de la

cuerda. Luego, entre los cuatro, ataron el otro cabo al grueso tronco del árbol.

—Justicia cumplida —dijo el gigante, palmeándose las manos—. Lástima, porque realmente esa chica valía la pena.

—Valdrán mucho más la pena lo dólares que vamos a cobrar.

—Sí. He oído decir que en Fort Laramie habían cazado a Maxim, y que iban a ejecutarlo en seguida. De los cinco «Caballeros de la Llanura» sólo Gary quedará en pie, y un solo hombre es muy poca cosa.

—Mañana iremos a Carson City y cobraremos la parte que se nos prometió. Ya quisiera estar allí.

—Bebe antes unas copas, para que te siente bien el viaje —dijo riendo el gigante, mientras señalaba hacia un gran saloon cuyas puertas resplandecientes se abrían a unos treinta pasos de distancia.

—Sí. Nos convendría divertirnos un poco.

El grupo de los que habían presenciado la ejecución se iba disolviendo. Una gran parte de los testigos caminaba detrás de los verdugos, adivinando instintivamente que siguiendo a aquellos hombres presenciarían cosas dignas de ser contadas. Y no sabían cuánta razón tenían. Porque al instante ocurrió algo que estaban muy lejos de imaginar.

Uno de los hombres que acompañaban al gigante dio a éste un codazo en el hígado.

—¡Eh, tú, Mac!…

Mac miró, y abrió la boca un poco.

En su camino hacia el saloon se había interpuesto una figura. Era la figura de una mujer.

Iba vestida con ropas finas y elegantes, como si fuese una dama. Su peinado también era de calidad, y hasta llevaba una sombrilla. Todo en ella reflejaba distinción y elegancia, como si fuera una auténtica belleza de París, de las que de tarde en tarde aparecían por los escenarios de Carson City. Pero contrastando con todo ese armonioso conjunto, había un detalle que no gustó a los pistoleros. Aquella mujer llevaba ceñido al talle un cinturón-canana, del que colgaba un revólver.

Se lo había ajustado con tanta maestría como Calamity Jane. Y desde luego era mucho más guapa que la terrible «mujer-pistolero».

Sólo por aquel detalle, y por estar detenida en su camino, se

adivinaba que la mujer no tenía intenciones pacíficas.

¿Pero qué podía hacer una mujer contra cuatro pistoleros profesionales? ¿Qué quería aquella loca?

—Apártate de ahí —dijo Mac—. No sé qué pretendes, pero pareces el anuncio de una función de circo.

—Es que hoy va a haber circo en Pacificville —dijo la mujer mirándolos fijamente.

De una forma instintiva, sin reflexionar, los hombres que estaban detrás de los cuatro pistoleros se apartaron rápidamente, dividiéndose en dos mitades, y dejaron a éstos solos frente a la extraña mujer… Ésta era una de las más hermosas que había visto nunca. Tan hermosa era que si se la miraba fijamente uno podía llegar a olvidarse de que llevaba un revólver en su cintura.

—¿Quieres explicar tus palabras? —Gruñó Mac—. Me gustaría saber quién te ha pagado la borrachera que sin duda llevas encima.

—No estoy borracha, pero pronto lo estaré… de pólvora.

Mac tenía ganas de reír. Notó que sus hombres también. No sería fácil apresar a aquella mujer, pero en cambio matarla sería un juego de niños. Lo único malo, pensaban todos, era que resultaba una lástima matar a una mujer así.

—Acabamos de ahorcar a una mujer —dijo Mac con un hilo de voz, fríamente—. No creas que el hecho de ser joven y bonita va a favorecerte en nada. Si nos causas alguna molestia, te mataremos como a la otra.

—Aun cuando hemos de reconocer —añadió otro de los pistoleros—, que sería una verdadera lástima.

—Ya me he dado cuenta de que acabáis de ahorcar a una mujer —dijo su extraña enemiga, mientras arqueaba un poco el brazo derecho, colocando la mano a la altura del revólver—. Lo he visto todo desde una cercana colina, y lo único que lamento es no haber llegado a tiempo.

—¿Pero qué hubieras hecho tú mocosa? —dijo Mac.

—Mataros a los cuatro.

—Tu voz es muy segura, y debo reconocer que llevas el revólver a la altura justa, como un pistolero profesional. Pero de un poco de pena pensar que puedas estar tan loca. Vamos, ¿quieres desafiarte conmigo, nena?

—Si tienes interés en morir tú el primero, sí.

A pesar de la firmeza de la voz de la mujer, Mac no se inmutó en lo más mínimo.

—Tiraré contra su mano derecha, para desarmarla —dijo a sus compañeros en voz baja, con una media sonrisa—. Apresadla en cuanto suelte el revólver. ¡Y ya verá ella lo que le espera!

Se adelantó dos pasos y gritó:

—¡Vamos allá! ¡Dispara de una vez! ¿O es que quieres que me quede dormido esperando que levantes el revólver?

La mujer movió los labios y escupió al suelo con un gesto despectivo, cosa extraña, pese a lo violento y desagradable de aquel acto, la mujer no perdió femineidad ni belleza. Por el contrario, su hermosura casi resaltó más con aquel gesto masculino.

—No me desafiaría nunca con un pistolero novato, que no supiera ni colocarse bien.

—Es que para hacerte pupa a ti no hace falta colocarse bien, nena. —Mac sonreía irónicamente, con los brazos en jarras sobre las caderas—. Puedo liquidarte durmiendo. ¡De modo que muévete ya, antes de que me aburra y quiera saber qué grado de dulzura tienen tus labios!

Los dedos de la mujer se movieron un poco. A Mac le bastó ver cómo aquellos dedos se movían para sentir una cosa fría dentro del corazón. Se ladeó instantáneamente, y sus manos volaron en busca de los revólveres. Logró tocarlos y tirar de ellos.

Pero no llegó a sacar ninguno de los dos.

Cuando ya tenía bien sujeto el derecho, el aguijón caliente de un insecto pareció picarle. Sintió como una quemadura y luego como una sensación de frío. Vacilaron sus rodillas y, sin embargo, Mac sonrió, porque no llegó a darse cuenta de que estaba muriendo. Todo aquello le pareció como un juego estúpido, como una broma. La mujer, que estaba frente a él, amartilló el revólver con dos veloces movimientos de su izquierda y disparó otras dos veces, ahora a la cabeza. Un verdadero aullido se elevó de entre la muchedumbre mientras Mac caía a tierra para siempre.

Uno de sus amigos, el más listo de los cuatro, comprendió que aquella mujer era demasiado peligrosa, y se movió. Pero a veces en el mundo conviene no ser demasiado listo. La mujer se arqueó un poco e hizo un solo disparo, que le taladró la frente.

Los otros dos pistoleros quedaron paralizados, con las manos

agarrotadas a la altura de las culatas.

—Me llamo Stella Gladis —susurró la mujer, mientras con toda calma colocaba tres nuevos proyectiles en un cilindro—. He venido a esta ciudad para actuar como bailarina en el saloon de Burkett, pero muevo mejor el revólver que las caderas. No es ésta la primera vez que tengo pistoleros profesionales enfrente de mi gatillo. ¿Quieren ustedes que continúe esta divertida función, caballeros?

Los dos amigos de Mac estaban pálidos como muertos, y seguían con las manos quietas y agarrotadas a la altura de las culatas.

—No debiste haber venido a Nevada —masculló uno de ellos—. Te arrancaremos la piel…

—Eso es lo que estoy esperando —susurró burlonamente Stella —. ¿Por qué no lo hacéis, valientes?

—Sí, ¿por qué no lo hacéis? —gritó una voz—. Vosotros, que sois tan listos para ahorcar a las mujeres, ¿no sabéis matarlas con un revólver? ¿Es que eso resulta mucho más complicado?

—Ha sido un golpe de suerte —masculló uno de los pistoleros—. ¡No podrá matarnos a los dos a la vez!

—Si no fueseis tan miserables os perdonaría la vida y os dejaría huir como liebres asustadas, que es lo que estáis deseando —susurró Stella Gladis—. Pero habéis ahorcado a una mujer, y su cuerpo todavía oscila a vuestras espaldas como un trágico péndulo. ¡No merecéis perdón y no lo tendréis! ¡Vamos! ¡Defendeos!

Los dos pistoleros estaban solos en el centro de la calle, frente a Stella Gladis. Se arquearon al mismo tiempo y sacaron sus armas con una endiablada rapidez. Pero la mujer, que había enfundado su arma poco antes, mientras hablaba, fue más veloz que ellos. Hizo un solo y seco movimiento, y el revólver salió nuevamente a la luz. El arma crepitó dos veces en su delicada mano, y los dos pistoleros fueron recorridos por un estremecimiento idéntico, como si formaran un solo cuerpo. Se balancearon trágicamente unos segundos, antes de caer, y al fin quedaron doblados sobre el polvo a sólo dos pasos de distancia de Mac.

Stella Gladis sopló reflexivamente en el cañón de su revólver y luego lo guardó en la funda. Un silencio mortal, espeso, agobiante, se había hecho a su alrededor. En la ancha calle principal de Lazyville se hubiese podido oír el vuelo de un moscardón de una forma atronadora.

—Necesito dos voluntarios para que retiren a la ahorcada —dijo al fin—. Voy a llevármela yo misma.

—¿Cómo? ¿Pero no se queda en la ciudad, señorita? —preguntó respetuosamente el dueño del saloon, haciendo casi una reverencia.

—No. No voy a quedarme en esta ciudad ni en sus cercanías. Voy más al Sur, a Ciudad de Plata. Si alguien me quiere para alguna cosa, incluso para que le mate, puede buscarme allí.

—Cogió un caballo que no era el suyo, pero nadie se atrevió a protestar. Y con él de la brida fue en dirección al trágico árbol donde dos hombres caritativos estaban descolgando ya a la muerta.

CAPÍTULO III

Ciudad de Plata era en parte una población y en parte un campamento. En parte un inmenso saloon y en parte un inmenso cementerio.

Los hombres que llegaban a aquel lugar maldito, guiados por la esperanza de que bajo la ciudad estaba la tierra más rica del mundo, eran en su mayor parte unos patibularios que, a decir de un periodista demasiado audaz, tenían no sólo la cabeza puesta a precio, sino también los pies y la corbata. Naturalmente, ese periodista murió un día con un cuchillo «Bowie» clavado a la altura del corazón. Y uno que quiso sustituirle y dijo que casi todos los habitantes de Ciudad de Plata habían nacido ya con un precio atado a la cabeza, murió poco después estrangulado en el fondo de una mina. Los autores de ambos asesinatos invitaron durante varias noches a beber a todo aquel que se acercó a felicitarlos.

Había al menos doce saloons en tres calles. Los gritos, la música, la algarabía, la muerte, lo llenaba todo durante el día y la noche. En Ciudad de Plata se podía ser millonario o cadáver en cinco minutos, según a qué lado se inclinase la suerte. El único acto que allí tenía importancia era el de encontrar y registrar una mina. Los demás, incluso robar y asesinar, no llamaban la atención a nadie.

Como un trágico anillo formado alrededor de la ciudad estaban además los campamentos, a los que diariamente acudían docenas de personas ávidas de fortuna. Como casi todas las minas y pertenencias estaban ya registradas, la mayor parte tenían que vivir del juego, el robo o el pillaje. Docenas de hombres llegaban y docenas de hombres morían sin que el Ciudad de Plata nadie diera a eso la menor importancia.

Pues bien, a esa ciudad donde ya nada llamaba la atención,

llegaron dos personajes que la llamaron un día.

Los dos llegaron por la mañana, casi a la misma hora, aunque entraron en Ciudad de Plata por rincones opuestos.

Eran un hombre y una mujer.

La mujer, naturalmente, llamó mucho más la atención, pero hay que reconocer que hizo mucho más ruido el hombre.

Éste llegó galopando como un loco y levantando a su paso una verdadera tempestad de polvo. Penetró igual que un ciclón en la calle principal, frenó en seco el caballo frente a un saloon y saltó del animal para poner ambos pies en el porche.

El golpe fue tan brusco, que dos tipos que se encontraban en unas sillas, fumando tranquilamente sus pipas, por poco cayeron a tierra.

—¡Eh, amigo! —gritó uno de ellos—. ¿Quiere que le abra en canal de una cuchillada o qué es lo que pretende? ¿A qué viene tanto ruido, como si fuera el único hombre que este año ha llegado a la ciudad?

El forastero llegaba cubierto de polvo. Vestía de negro, y sólo sus revólveres brillaban siniestramente como un detalle blanco sobre sus ropas. Sonrió de una forma cuadrada y lejana al ver a los dos hombres.

—Perdón —musitó—. Tengo prisa.

—¿Por qué? ¿Es que le persiguen?

—Sí. Me persiguen.

En la llanura, lejos todavía del principio de la calle, se levantó entonces una nube de polvo. La formaban al menos cuatro jinetes. El forastero gruñó:

—Tardarán todavía unos tres minutos en llegar. Voy a mojar la garganta un poco.

Entró en el saloon y pidió un *whisky* doble. Lo pagó, dejando una buena propina sobre la barra, y luego salió llevando el vaso en la mano derecha. La nube de polvo estaba ya a la entrada de la población. El hombre vestido de negro bebió tranquilamente su *whisky*, y todos cuantos presenciaban la escena pudieron atestiguar luego que el pulso no le había temblado absolutamente nada.

Al fin levantó el vaso, para mirar al trasluz el poco líquido que quedaba, y una bala lo partió en cien pedazos.

El recién llegado saltó al centro de la calle, despreciando la

protección que podía ofrecerle el porche, y desenfundó sus dos revólveres con una fantástica y centelleante rapidez. Cuatro jinetes se encontraban ahora en el centro de la calle, y mientras se distanciaban para ofrecer menos blanco, frenaron sus monturas. Al mismo tiempo los cuatro hombres tiraron rabiosamente contra su único enemigo.

Éste no se había movido. Tenía los dos pies sólidamente clavados en el suelo y parecía esperar la muerte así, cara a cara. Las balas silbaron junto a él y una le arrancó el sombrero, pero nada de eso logró alterar su calma. «Tiene la calma de uno que ya estuviese muerto», pensó el sepulturero, que lo contemplaba todo desde un porche relamiéndose de gusto. Y al instante, las manos del forastero se pusieron a actuar. Se movían igual que dos máquinas con resortes precisos y seguros. Cuatro disparos, y los cuatro jinetes que estaban ante él cayeron aparatosamente a tierra. Tres de ellos estaban muertos cuando tomaron contacto con el polvo, y el cuarto aún intentó levantar su revólver. Pero el forastero lo eliminó de un solo balazo, atravesándole la cabeza.

Luego enfundó sus armas y fue tranquilamente hacia el porche del que acababa de descender.

—Oiga —gruñó el sepulturero—. ¿Sabe que es usted una máquina de matar? ¿Cómo se han atrevido a perseguirle esos individuos?

—Porque ellos también eran máquinas de matar. Aunque a mí hubieran querido hacerme sufrir un poco.

Penetró en el saloon y pidió:

—Un nuevo *whisky* doble para mí y otro para el sepulturero. Quiero que esté animado cuando lleve al cementerio a esos hombres. Quisiera que en su lápida dijese: «Pistoleros a sueldo, murieron por ochocientos dólares. Hicieron mal negocio». De este modo es posible que el que lo lea sepa aprovechar la lección.

El sepulturero levantó su copa, brindando, y pensó que definitivamente Ciudad de Plata era para él la mejor ciudad del mundo.

Refirámonos ahora a la mujer.

La mujer entró con menos ruido, pero la verdad es que llamó la atención mucho más que Gary, el hombre.

Montaba de costado un buen caballo pinto, lucía un vestido

blanco que no había sido muy manchado por el polvo y sobre su cadera derecha descansaba un revólver. Pero era tan hermosa que nadie se fijó en ese fatídico detalle. De uno de los bolsillos de su vestido salía un pañuelito donde en letras bordadas podía leerse: «Stella Gladis».

Un gracioso se fijó en ese pañuelo, sacó el revólver y lo hizo saltar de un balazo.

Stella se sobresaltó al sentir junto a su cintura el aullido del plomo, pero eso duró un segundo. Inmediatamente sus facciones recobraron una serena y despectiva calma. Contempló el pañuelo, atravesado por una bala, a los pies del caballo. Luego contempló al pistolero que acababa de disparar. Éste se encontraba frente a ella, con las piernas entreabiertas y los brazos en jarras. Había guardado ya el revólver, que era un «Colt Frontier». Una sonrisa socarrona flotaba en sus labios.

—Tienes buena puntería —dijo Stella con voz helada—, pero deberías haber escogido otro blanco.

—Era el mejor blanco que había en toda la calle.

—¿Mejor que mi rostro?

—Mejor que tu rostro no hay nada en toda la ciudad, nena.

—Pues procura apartarte de mi camino porque así es posible que lo veas mañana otra vez. Pero si dentro de diez segundos todavía permaneces aquí, te mataré como a un perro rabioso.

—¿Ah, sí? ¿Cómo te llamas tú, bomboncito?

—Stella Gladis.

—¿Y a qué has venido a Ciudad de Plata, aparte de volver locos a los hombres?

—¿A ti qué te importa? ¿Por casualidad eres en Ciudad de Plata el encargado de la recepción?

—A las mujeres bonitas no las recibe nadie más que yo, monada.

La gente se había reunido, formando un compacto grupo delante y detrás de Stella y el pistolero. La muchacha ya no podía seguir adelante, aunque quisiera. Por eso descendió lentamente del caballo y miró con una media sonrisa al hombre que tenía enfrente.

—Te doy la última oportunidad —dijo—. No me gustaría matarte. Pero si no te apartas de mi camino, lo haré.

—¿Lo habéis oído? —gritó el pistolero dirigiéndose a todo el mundo—. ¡Dice que me aparte de su camino! ¡Como si Neck

Purdom se apartase alguna vez, cuando ve una mujer bonita!

Todos rieron. Todos menos Stella Gladis. Su brazo derecho se arqueó un poco, y su mano quedó quieta a la altura del revólver.

Como le había sucedido a Mac en Lazyville, Neck Purdom sintió frío en el corazón sólo al advertir aquel leve movimiento.

—Voy a besarte —dijo, tratando de olvidar la maestría con que Stella había situado la mano—. Y si no te beso, te mataré.

—Demasiado sé cuál es la ley en esta tierra —dijo desdeñosamente Stella—. Tengo que defenderme yo sola. Pero te aseguro que sé hacerlo. Vamos, adelanta un paso más y será el último que des en tu vida.

Neck Purdom, el pistolero, lo adelantó.

Pero ya su sexto sentido le había dicho que no estaba ante una mujer corriente ni ante una aficionada a las armas. Una mujer que se hubiese atrevido a venir sola a Ciudad de Plata tenía que tirar al menos tan bien como un hombre, y ésta tenía aspecto de tirar mejor. De modo que Purdom, que nunca había sido un caballero, decidió actuar rápidamente. Se ladeó, y su revólver saltó al aire. Mataría a aquella mujer como había matado a otras. Demostraría a toda la ciudad que nadie podía oponerse a sus deseos y seguir luego con vida.

Alguien gritó:

—¡Cobarde!

Pero de nada valían los gritos ante un hombre como Neck Purdom. Apretó el gatillo, y sus labios se curvaron en una mueca de placer. Sintió como un golpecito en el pecho, pero no le dio importancia. Era igual que si una piedrecita chocara contra su impresionante musculatura. Siguió disparando, creyendo que Stella aún estaba allí, y viéndola como una imagen blanca ante sus ojos extraviados. Pero la verdad era que disparaba contra el vacío, contra el hueco que había dejado la muchedumbre al separarse en dos mitades repentinamente. Stella se había dejado caer al suelo, apoyando el brazo izquierdo en él y disparando frenéticamente con la mano derecha. Una, dos, tres balas penetraron en el pecho de Neck Purdom. Hasta la tercera no sintió dolor. Luego sus rodillas fallaron, dejó caer el arma y entonces Stella Gladis le remató de un balazo en mitad de la cabeza.

No guardó el revólver. Se levantó de un salto y trazó con él un

centelleante movimiento de abanico.

—Si a alguien le parezco demasiado hermosa, demasiado fea o demasiado lista, tendrá que guardarse su opinión de ahora en adelante. Pienso permanecer en Ciudad de Plata hasta que me aburra, y si alguien me molesta, correrá la misma suerte que ese desdichado. Es una advertencia que hago a todos los que deseen vivir.

Nadie respondió. Los hombres miraban con asombro aquella figura delicada y tentadora que, sin embargo, había acabado con un pistolero tan peligroso como Neck Purdom. En aquel momento todos supieron que a Ciudad de Plata habían llegado una mujer y un gatillo.

—Bien. Deshagan el grupo y déjenme pasar —pidió Stella.

Una voz se elevó de entre la multitud. Era la voz espesa y un poco gangosa del empresario de Variety, el mejor saloon de la ciudad y el único que tenía una barra de caoba y un escenario digno de tal nombre.

—¿Puedo saber cuál es su profesión, señorita Gladis?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Tal vez yo pudiera ayudarla en sus primeros pasos en la ciudad. Naturalmente, ignoro qué ha venido a hacer aquí, pero le interesa saber que en Ciudad de Plata se me considera un hombre importante.

—He venido a ganarme la vida. Y a hacer algunos ahorros con que poder establecerme un día fuera de Nevada.

—¿Sabe usted cantar, bailar, o por lo menos moverse en un escenario? —preguntó, casi con ansiedad, el empresario del Variety.

—He actuado en escenarios muchas veces. ¿Es que tiene usted que ver algo con la vida teatral de la población?

—Soy el empresario del Variety —dijo pomposamente el hombre, poniéndose una mano en el pecho—. Y si usted sabe hacer algo que de lejos o de cerca pueda llamarse arte, le ofrezco un contrato que nadie podrá igualar en ninguna otra población de Nevada.

Stella suspiró con cansancio por primera vez.

—Voy a buscar un hotel donde alojarme. Ya me encontrará usted, porque la ciudad no es demasiado grande. Búsqueme al anochecer.

El empresario hizo un gesto de asentimiento, pensando ya en el magnífico negocio que se le presentaba, pues toda la ciudad querría ver a la mujer que había matado a Neck Purdom. Pero estaba escrito que aquella mañana aún había de suceder más cosas. De repente una manaza sujetó por el cuello de su levita al empresario del Variety y lo arrojó al suelo, como quien arroja un fardo.

La manaza que había hecho esto era la de un verdadero gigante.

Tendría un metro noventa de estatura y sin duda alguna debía pesar bastante más de los cien kilos. Vestía pantalones tejanos y una camisa a cuadros desabrochada, dejando ver el pecho velludo como el de un oso. En su cintura no había revólveres, sino tres cuchillos de diferentes tamaños y filos.

Ese gigante se colocó ante Stella Gladis y la miró de pies a cabeza, mientras se acariciaba su enorme barba negra.

—Es extraño —gruñó como para sí mismo—. ¿Esa preciosidad acaba de matar a Neck Purdom?

—No te metas en eso, Mor —amenazó desde el suelo el empresario del Variety—. Esa chica no ha hecho más que defenderse. Ya estamos cansados de que siempre que bajas de las Rocosas asesines a alguna mujer.

Stella Gladis no pestañeaba. Miraba al coloso como a una fiera que estuviera encerrada dentro de una jaula.

—¿Qué quieres tú ahora? —Silbó.

—Verte.

—Ya me has visto.

—Cuidado —susurró un hombre muy cerca de ella—. Ése es Mor, un expoliador y un asesino. Cuando necesita emociones fuertes se dedica a cazar osos en las Rocosas. Trate de ser amable con él, señorita, y no le ofenda. Nadie puede vencerle.

Mor avanzó dos pasos más en dirección a la muchacha. Ésta no retrocedió, porque sabía que el temor de la víctima envalentona a las fieras, pero sintió como una bola amarga se posaba en su garganta.

—No me gusta verte delante de tanta gente —sonrió siniestramente Mor—. Querría verte yo solo.

—Ven a por mí —dijo fríamente ella.

Mor avanzó otro poco. En aquel momento el empresario del Variety se puso a gritar:

—¡No lo hagas, Mor! ¡Esa mujer no ha hecho más que llegar a Ciudad de Plata! ¡No lo hagas!

Mor se volvió con una rapidez que nadie hubiera supuesto en un hombre de su peso. Su agilidad fue la de una serpiente. Antes de que nadie pudiera darse cuenta, había extraído un cuchillo, el más ligero, y lo había lanzado a tierra. En tierra era donde estaba el empresario del Variety, y éste, con un alarido recibió la hoja de acero en el pecho.

Stella quiso aprovechar esas fracciones de segundo. A las fieras no se les debe dar ninguna oportunidad. Hay que cazarlas, hay que matarlas antes de que maten.

Sacó su revólver, en el que aún le quedaban dos balas. Lo levantó. Pero no llegó a usarlo.

Mor había sacado un segundo cuchillo, moviéndose con una velocidad alucinante. Y con una maestría que dejó horrorizados a todos lo lanzó sobre la mano derecha de Stella Gladis. Ésta se estremeció, recibiendo un impacto que estuvo a punto de seccionarle dos dedos. Y aún no había reaccionado de su sorpresa y de su dolor cuando recibió un brutal puntapié de Mor en plena muñeca. El revólver saltó por los aires.

—Yo no soy tan tonto como Neck Purdom —dijo aquel hércules —,… ni tan galante. Voy a perder contigo mucho menos tiempo que él.

Se abalanzó sobre la muchacha y la sujetó con un hombro. Iba a ceñirla ya con un brutal abrazo cuando a sus espaldas una voz lenta y aburrida dijo:

—¿Son ésas todas las diversiones que se ofrecen a los forasteros en Ciudad de Plata?

Mor, que aún continuaba torturando el hombro de la muchacha, la soltó, empujándola para que cayese a tierra.

Y entonces se volvió con expresión divertida. Era una máquina ciega, una máquina imposible de detener cuando había matado a un hombre. Ahora ya estaba sediento de sangre.

Y sus labios se curvaron en una mueca de placer cuando al oír la voz pensó que el Destino le ofrecía una nueva víctima.

El hombre que acababa de hablar estaba unos pasos delante del resto de los espectadores, e iba vestido de negro. Completamente de negro. Sus revólveres, que acababan de matar a cuatro hombres,

brillaban en sus costados como el único detalle blanco.

Gary contempló al gigante de pies a cabeza, lentamente, mientras éste lanzaba una carcajada.

—¿Qué quieres tú, mamarracho? ¿Hacer que la cosa resulte más divertida y más larga?

—Quizá sí. A este espectáculo le faltaba color. Se veía en seguida quién iba a vencer en la lucha.

—Claro —gruñó Mor—. Puedo triturar a un hombre o a una mujer entre mis brazos.

—¡Oh, no! —sonrió Gary con una expresión de indulgencia—. Te has equivocado. Se veía que la que iba a ganar era ella.

Se oyeron algunas risas tímidas. Mor arqueó los brazos y lanzó una especie de ronquido, tanta fue su rabia.

—¿Eres nuevo en Ciudad de Plata?

—Soy nuevo en todas partes. Nunca permanezco más allá de dos semanas en una misma ciudad.

—Y encontrándote cansado has decidido morir aquí, ¿no?

—He decidido barrer de mi camino a toda la gente que no me guste. Y tú no me gustas absolutamente nada, gorila.

Ahora Mor puso la mano sobre el único cuchillo que le quedaba, el más largo. Gary, sonriente, se despojó de los cintos canana y los dejó caer al suelo con los dos revólveres. Un murmullo de asombro se elevó de entre la muchedumbre. Incluso el propio Mor no pudo evitar al ver aquello como una sacudida de sorpresa.

—¿Estás loco? —rugió.

—Estoy aburrido. Y si no te mueves un poco más, me vas a dar tanto sueño como una botella vacía.

Mor se lanzó al ataque. A pesar de su corpulencia no se fiaba de aquel hombre, y por eso desenvainó su cuchillo. Lo hizo en el último segundo, cuando pareció que iba a atacar solo con las manos limpias. Una voz angustiada advirtió:

—¡Cuidado!

Pero Gary había visto ya cuál era la maniobra de su enemigo. «El vientre —pensó—. Querrá abrirme de un solo tajo, de abajo arriba». Saltó ágilmente hacia atrás y el brazo derecho de Mor subió como un muelle, quedando durante unos segundos detenido en el aire, al no encontrar enemigo. Fue ése el momento que aprovechó Gary.

Se volvió de espaldas y sujetó con ambas manos la muñeca armada de su adversario. Formando palanca con su propio cuerpo, lo hizo saltar por encima de él, volteándolo. Mor, experto en toda clase de luchas, comprendió que había sido cazado esta vez, y en lugar de resistirse ayudó al salto, pues de otro modo su brazo se hubiera quebrado en dos.

Rodó por tierra, tan ileso como si no le hubieran tocado. Pero no pudo evitar, el desastroso efecto moral de verse derribado igual que un pelele. Cuando sonaron algunas carcajadas, sintió que sus labios babeaban de ira.

—¡Pagarás esto! —rugió.

Lanzó el cuchillo, que aún no había soltado, pero Gary contaba también con esto. Saltó hacia un costado con la velocidad de una ardilla, y el cuchillo se perdió rasgando el aire, no encontrando milagrosamente en su camino ninguna garganta humana.

Gary llegó a caer al suelo, pero apenas un segundo más tarde ya se había puesto en pie.

Mor le imitó, con movimientos más pesados. Los dos hombres se estudiaron, dando vueltas, examinándose con ojos de fieras que van a saltar de un momento a otro.

También fue Mor esta vez el que saltó.

Lo hizo hacia la derecha, pero luego, cambiando repentinamente la dirección de su ataque, se lanzó hacia la izquierda de Gary. Éste movió sus puños en un impresionante uno-dos, como si hubiese adivinado otra vez las intenciones del gigante, y los secos chasquidos de los huesos llenaron por un momento la calle.

Mor cayó nuevamente a tierra, y ahora con la sensación de que su cabeza había chocado contra una muralla.

—Deberías levantarte y beber una copa —dijo Gary, con voz aburrida—. Esto se está poniendo mal para ti. Más vale que pierdas un poco de orgullo, pero conserves todos los huesos.

Nunca Mor había sido vencido en la ciudad, ni admitía que alguien pudiera vencerle. Se puso en pie otra vez y se lanzó en tromba contra Gary. Éste levantó ambas rodillas a la vez, como si fuese a saltar, y justamente en esas dos rodillas chocó la cabeza de Mor. Se oyó un golpe seco, como un estampido de rifle, y Mor cayó de bruces a tierra, con las dos manos agarrotadas. Cualquier

hombre hubiera quedado sin sentido después de aquel terrible golpe, pero Mor, poco a poco, se incorporó. En sus ojos se leía un terrible deseo de matar. Sus labios se movieron al chocar una de sus botas contra el cuerpo del empresario del Variety. En ese cuerpo había clavado un cuchillo. Mor adivinó que acababa de llegar su oportunidad.

Fingió que iba a saltar y de repente se ladeó hacia la izquierda. Su brazo, largo como el tentáculo de un pulpo, desclavó el arma entre un grito de horror de la muchedumbre. Pero antes de que se moviera más, Gary actuó. Esta vez atacó él.

Pareció como si fuera a lanzarse a un punto donde no estaba su enemigo, pasando de costado junto a él. Pero lo que en realidad hizo fue rehuir el choque y sujetar con las dos manos el brazo armado de Mor. Tiró de él, arqueándose y haciendo otra vez palanca con su cuerpo, pero ahora Mor estaba de espaldas y no pudo tomar impulso con la suficiente rapidez. Cayó pesadamente, lanzando un alarido al rompérsele el brazo. El cuchillo cayó de entre sus dedos agarrotados. Gary perdió pie y cayó también a tierra, quedando de rodillas en el polvo.

—Tómalo como lección —susurró—. Es suficiente…

Pero las voces arreciaban:

—¡Mátalo, forastero!

—¡Mor no es más que un asesino!

—¡Deshazle con tus puños!

Mor silbó:

—He matado a muchos hombres. Y a ti te mataré de una forma especial, refinada… Estaba junto a los revólveres que poco antes Gary dejara caer al suelo. Gritó algo ininteligible, y con el brazo útil sacó una de las armas. Gary tuvo el tiempo justo para empuñar el cuchillo.

Hubo un segundo de angustioso silencio. Tenía que ser él más rápido lanzando el cuchillo que su enemigo levantando el revólver. Los espectadores contuvieron la respiración.

Y Gary hizo un seco movimiento, lanzando la hoja de acero. Ésta rasgó el aire, y se clavó en el diafragma de Mor, mientras apretaba el gatillo. Sonó una detonación, y la bala salió alta, rozando la cabeza del joven, que se había lanzado por completo a tierra.

Mor se llevó las manos a la empuñadura del arma y trató de

arrancársela, pero ya no tuvo fuerzas. Se dobló poco a poco y quedó de bruces en el suelo, encogido, inmóvil.

Gary se puso en pie poco a poco, se sacudió el polvo de sus ropas y con movimientos maquinales se ajustó los dos cinturones canana. Para completarlos tuvo que arrancar uno de los revólveres de la mano del muerto.

La muchedumbre le había rodeado. Hombres de rostros ansiosos le palmeaban la espalda y trataban de verle de cerca, con esa admiración que los pueblos salvajes siempre han sentido hacia la fuerza física. Eso y la habilidad con las armas era lo único que contaba en Ciudad de Plata. Gary trató de abrirse paso, y cuando lo consiguió en parte, miro a su alrededor para tratar de localizar a la mujer por cuya causa había empezado la pelea.

La calle polvorienta, de un amarillo ocre, estaba vacía. Parecía como si todo el mundo se hubiese agrupado junto a él. De la mujer ni rastro. Nada. Era como si se la hubiese tragado la tierra.

—¿Está usted buscando a aquella forastera? —preguntó una voz junto a él.

—Sí. Lo menos que puedo pedirle es que me ayude a pagar el entierro de estos muertos —dijo con frescura.

—Pues no lo conseguirá, amigo —repitió la misma voz—. Aquella mujer ha desaparecido.

CAPÍTULO IV

—¿Qué ha venido usted a hacer a Ciudad de Plata?

La pregunta había sido formulada en un tono medio oficial, medio amistoso. El *sheriff* apartó un poco la botella, para poder verle mejor, y clavó sus ojos en él.

—No lo sé. ¿Le extraña mi respuesta?

—No, no me extraña. Es mucha la gente que viene a Ciudad de Plata sin saber por qué. Yo casi diría que les trae una fuerza ciega, el Destino tal vez. Quizá por eso sea Ciudad de Plata una ciudad tan peligrosa. Porque los hombres llegan a ella como locos, igual que bueyes en una estampida. Pero usted es un caso especial.

Gary le miró también.

—¿Por qué?

—Sabe a lo que ha venido. Es un pistolero nato. Quizá no busque riquezas, pero es evidente que algo muy concreto lo ha traído aquí.

—Mi respuesta sí que le sorprenderá ahora. El deseo de no tener peleas con nadie.

Estaban en el Variety, dos días después de la llegada de Gary a la población y de las consiguientes peleas. El Variety había cambiado ya de dueño, y las fiestas seguían como si tal cosa. En el escenario, al fondo, se movían unas bailarinas. Un músico viejo y aburrido interpretaba algo al piano, sin mirar las chicas ni las teclas. El *sheriff*, que iba a llevarse un vaso a los labios, lo dejó caer al escuchar la respuesta de Gary.

—Eso no lo diría ni un loco. ¿Ha venido a Ciudad de Plata para no pelearse con nadie?

—Justamente.

—¿Y ya sabe que ésta es una ciudad donde no hay ningún atisbo

de Ley, donde mi estrella no pinta nada y donde una sola pepita de oro vale la vida de diez hombres? ¿Cómo ha llegado a creer que un tipo como usted puede llegar aquí y no tener pelea al cabo de dos minutos?

—Aquí nadie me conocía.

—Pues se dio a conocer en seguida, amigo. Matar a Mor con su propia arma es un buen principio para hacerse famoso en Ciudad de Plata. Y ahora voy a hacerle una pregunta estúpida y a la que seguramente me contestará rompiéndome la botella en la cabeza. ¿Quiere ser mi ayudante? ¿Quiere también lucir sobre el pecho una estrella?

—Sólo quiero descansar, *sheriff*. Le parecerá mentira, pero sólo anhelo eso. Yo tenía cuatro buenos amigos, y los cuatro están muertos. Yo continúo vivo por pura casualidad. Lo único que quiero es terminar con esta vida de una maldita vez.

—Pues ha escogido muy mal sitio para eso. En fin, lamento que no acepte ser mi ayudante. Es posible que usted y yo juntos hubiéramos logrado imponer algo así como un principio de Ley. A mí solo no me hace nadie caso. Ya tendrá ocasión de ver que mi estrella es tan inútil como un bozal puesto en el rabo de un perro.

Se levantó cansinamente, después de apurar el contenido de su vaso. Y entonces le preguntó Gary:

—¿Qué fue de aquella mujer?

—¿Qué mujer?

—La que originó la pelea. La que mató a Neck Purdom nada más llegar. No la he visto más desde que desapareció durante el combate. Hace ya dos días de esto. ¿Ha sabido algo de ella?

—No. No se la ha visto por ninguna parte, y eso que Ciudad de Plata es una ciudad pequeña. Yo diría que la ha secuestrado alguien. Durante la pelea huyó como si tuviera miedo.

—¿Miedo ella? ¿De quién?

—No lo sé. Pero lo cierto es que estaba como sorprendida y asustada a la vez. Yo vi su cara. Tenía aspecto de encontrarse ante una aparición. Dio media vuelta y se alejó corriendo para ocultarse tras la primera esquina.

—¿Por qué no la detuvo?

—Yo no soy quién para detener a los que no cometen ningún delito, amigo. Esa mujer era muy libre de huir y no parar hasta

California, si le daba la gana.

—¿Sabe si ha salido de la población?

—No creo. Mire; yo por costumbre me doy una vuelta por la Casa de Postas a las horas de salida y llegada de diligencias. Y no he visto rastro de esa mujer. Tampoco creo que se haya marchado a caballo sola. En realidad, nadie más la ha visto.

Gary terminó también su vaso de licor que, no supo por qué, le dejó un sabor amargo en la boca.

—¿Está usted preocupado por ella? —preguntó el *sheriff*.

—No, no se trata de eso. Simple curiosidad. Muchas gracias por sus informaciones.

—De nada. Y si alguna vez no sabe qué hacer, recuerde que mi estrella necesita ayuda.

Se alejó definitivamente, bamboleándose. No era muy joven, pensó Gary, y no se comprendía por qué razón había aceptado la estrella. Le dio un poco de lástima verle así, mientras se perdía entre la muchedumbre. Quizá aquel hombre había fracasado en la búsqueda de una mina, y no había encontrado en Ciudad de Plata ninguna otra profesión honrada. Pero, en fin, éste no era asunto suyo. Decidió no pensar en él.

De todos modos, pronto iba a comprobar lo poco que allí valía la estrella de un *sheriff*.

Un borracho subió al escenario y trató de abrazar a una de las bailarinas. Ésta se resistió, y casi junto al piano se produjo un tumulto. El representante de la Ley gritó:

—¡Suelta a esa mujer o te abraso!

El borracho la soltó, pero fue para empuñar sus armas. El *sheriff* esperó a que sacase y luego le clavó una bala en el corazón. Un cuerpo cayó pesadamente del escenario a tierra, entre los gritos de las bailarinas y los aullidos de los espectadores.

Un tipo vestido de negro, que estaba apoyado en la barra, silbó, cuando el tumulto se hubo calmado un poco.

—Sabe usted tirar muy bien, *sheriff*. ¿Sería capaz de repetir un disparo así… conmigo?

—Contra usted no dispararé mientras no infrinja la Ley. Pero vaya con cuidado.

—Ese hombre al que acaba de matar era mi amigo.

—Lo siento, pero le advertí antes. Y él mismo se buscó la

muerte, todos lo han visto.

—Eso a mí no me importa.

—Pues si no le importa termine su botella o búsquese otra ocupación más divertida que provocar a la Ley.

—No la provoco.

—¿No? ¿Qué hace, entonces?

—Me río de ella.

El tipo vestido de negro tenía una calma glacial, impresionante, soberana. Parecía un paquete de músculos conservados en hielo. Hizo un gesto con la boca, escupiendo al aire, y luego acarició la culata de su revólver derecho.

—No se meta donde no le han llamado, forastero —susurró el *sheriff*—. Me disgustaría tener que matarle también.

—¿Le disgustaría tener que matarme… o que le matasen, *sheriff*? ¿Por qué no se muestra como un hombre y «saca» de una vez?

—Antes de obrar como hombre necesito obrar como representante de la… de la… —comenzó a decir el *sheriff*. Y de repente se interrumpió porque le habían clavado dos pedazos de plomo a la altura del corazón. El de negro había disparado a través de la funda, sin «sacar», anticipándose a cualquier movimiento del *sheriff*. Éste se desplomó lentamente, mientras el revólver que acababa de extraer rodaba a sus pies.

—¡Trai… dor! —Sólo tuvo tiempo de decir.

El de negro sacó el revólver y disparó otra vez, rematándolo. A su alrededor, después de los disparos, se hizo un angustioso silencio. Todos le miraban, pero en aquella ciudad de truhanes y canallas nadie se atrevía a intervenir. El desconocido, poco a poco, se acercó al *sheriff*, le arrancó la estrella y se la puso sobre su negra camisa, mientras sonreía con una mueca cuadrada que no se sabía si significaba admiración o asco.

—Hace una hora qué estoy en la población —dijo en voz alta—. Creo que éste no es mal principio. Ahora me dedicaré a ejercer la autoridad con dureza y sin contemplaciones… pero, naturalmente, en provecho propio.

Rió, mientras terminaba de beber su copa, y luego miró a todas partes para preguntar:

—¿Alguna protesta?

No, no hubo ninguna. Todos sabían que la única Ley era allí la

de su gatillo, de modo que la estrella les importaba bien poco. Sólo un hombre, que también vestía de negro, se acercó parsimoniosamente al pistolero. Ese hombre llevaba una copa en la mano, dos revólveres plateados en la cintura y una sonrisa cuadrada en la boca.

—¿Tienes tú algo que decir? —susurró el pistolero, midiéndolo con una sola mirada.

—Únicamente quiero invitarte a beber —dijo Gary—. Debes apurar todo el contenido de este vaso… de golpe.

Y le arrojó el licor a la cara, imprimiendo al vaso un seco movimiento con los dedos. El pistolero retrocedió de un salto, como si hubiera visto una serpiente, y sus espaldas chocaron contra la madera de la barra. Sus ojos se tiñeron instantáneamente en sangre.

—Has cometido un asesinato —dijo Gary—. Ese pobre hombre no te había provocado, sino todo lo contrario. Entrégame tus revólveres y sal de la población. Si sigues aquí dentro de dos minutos, además de los revólveres te arrancaré la vida.

—Nadie ha desarmado a Kent Jordan —silabeó el pistolero—. Y los que alguna vez lo han intentado están ya arrepintiéndose en el Más Allá.

—Podríamos hacer la prueba… —susurró Gary con voz helada, mientras se apartaba dos pasos.

Medio saloon quedó instantáneamente vacío. Los hombres se parapetaron tras las columnas y algunos se arrojaron de las mesas. El silencio volvió a ser espeso, obsesionante.

—Podríamos probar… —aceptó Jordan con una burlona sonrisa.

Se inclinó sin previo aviso, sin ninguna nobleza, buscando repetir su treta anterior. La falta de escrúpulos y la velocidad de aquel tipo eran realmente prodigiosas. Sobre todo, su velocidad. Antes de que Gary pudiera prevenirse, antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, había disparado una vez. Sólo Gary, de una forma instintiva, pudo inclinarse de costado al ver que su enemigo se ladeaba también. La bala, que iba destinada a su corazón, le alcanzó en el brazo. Sintió un vivísimo dolor, e instintivamente se ladeó más aún, mientras «sacaba». La velocidad fantástica con que lo hizo arrancó un verdadero aullido de la garganta de los espectadores. Tiró una vez y martilló de nuevo con el brazo herido, el izquierdo, mientras sus piernas se flexionaban y daban un

agilísimo salto para salir de la línea de tiro. Una nueva bala de su enemigo rugió inútilmente en el aire, mientras él disparaba por segunda vez. El primer proyectil, que había alcanzado a Jordan en el centro del pecho, le hizo doblarse; el segundo le destrozó el corazón, el tercero le perforó el estómago y el cuarto, para no hacerle sufrir, le atravesó la cabeza. Los cuatro disparos de Gary eran mortales de necesidad, pero sólo el último provocó el derrumbamiento total de su enemigo.

Realmente Jordan era uno de los adversarios más crueles y hábiles que había encontrado nunca. El único que logró herirle y que en duelo frente a frente se había anticipado a él.

Gary enfundó el revólver y luego contuvo la hemorragia de su brazo izquierdo tapándose la herida con la mano. Una voz advirtió:

—Ahí fuera, en la esquina, tiene un médico. Encontrará la casa porque hay una placa muy grande en la puerta.

—Gracias. Iré en seguida.

Volvió sus ojos hacia la puerta, disponiéndose a salir, y fue en ese instante cuando en los batientes vio la figura de la mujer por la que peleara dos días antes.

Ella no había cambiado mucho. Iba muy bien peinada y muy limpia, deliciosamente limpia, y llevaba el mismo vestido y seguramente el mismo calzado. Por lo visto acababa de entrar, pero debía haber presenciado la última parte de la pelea. Al sentir clavados en los suyos los ojos de Gary, sostuvo la mirada un instante, pero luego la rehuyó, dio media vuelta y salió rápidamente del saloon.

Gary la siguió. Sus movimientos, aunque no eran precipitados, resultaban seguros y ágiles. La alcanzó cuando apenas había llegado a diez pasos de la puerta.

—Tiene usted mucha prisa —dijo—. Y cualquiera diría que mi presencia le molesta.

—Me molesta la presencia de muchas de las personas que hay en Ciudad de Plata.

—¿Por qué ha entrado en ese saloon si no tenía nada que hacer allí?

—Oí los disparos. Adiviné que sucedía algo importante y entré. Desde la puerta he visto casi toda su pelea con ese hombre. Ha sido sencillamente aborrecible. No es usted más que un maldito novato.

Gary la detuvo y la miró a los ojos.

—¿Es que es una experta distinguiendo a los pistoleros?

—Entiendo de armas —dijo ella sosteniendo su mirada—. Y creo que no debió descuidarse tanto ante aquel tipo. No le ha matado por pura casualidad. Recuérdelo otro día.

—Lo recordaré, maestra.

La soltó, y ella echó a andar de nuevo. Gary, que se sentía la sangre correr por su brazo, se recreó en su propio dolor. Era en este sentido como un indio de las montañas. Miró otra vez a la mujer y dijo:

—¿Dónde se ha metido durante estos dos días?

—No le importa.

—Creo que es usted un poco desagradecida, hermana.

—¿Qué cree? ¿Qué, debo besarle las manos porque me salvara de las zarpas de aquel hombre? Lo hizo usted por vanidad, por simple vanidad. ¿Hubiese salvado a una vieja?

—He salvado a docenas de viejas —sonrió tristemente Gary—. Pero eso no es lo que importa ahora.

—¿Qué importa, pues?

—Saber dónde se ha metido. Saber cómo vive en Ciudad de Plata.

—Eso es precisamente lo que a usted no le importa.

—Bien, no voy a insistir —susurró él—. Allá usted. No es más que una mujer que se cree invencible y que en realidad está muerta de miedo y escondida debajo de los cimientos de cualquier casa de la ciudad. Si cree que me importa usted algo, ya no es necesario que coma pan ni beba agua, porque vive de ilusiones. Y ahora buenas tardes, hermana. Tengo cosas mucho más importantes que hacer.

La dejó, mientras ella le envolvía en una mirada de indiferencia, y fue al otro lado de la calle en busca de la casa con la placa de médico. Estuvo un par de minutos buscándola con los ojos, mientras se apretaba la herida, que le dolió cada vez más intensamente. Luego dio media vuelta, para mirar en el otro lado, y entonces vio la placa. Era negra, muy grande, y se distinguía desde todas partes. Fue hasta la puerta y tiró del cordón que movía la campanilla.

Una sirvienta negra, ya algo vieja pero escrupulosamente vestida, le franqueó la entrada.

—Deseo que me curen —dijo Gary con cierta brusquedad—.

Acabo de recibir un balazo.

—Pase, señor.

El que en la casa de un médico de Nevada le llamasen a uno «señor», en lugar de «pistolero», «forajido» y «cachorro para la horca» era algo tan extraordinario que Gary miró por dos veces a la negra. Y luego fijó toda su atención en la casa.

Ésta parecía impropia de un lugar como Ciudad de Plata. Estaba instalada con gusto, casi con lujo. Había allí buenos muebles fabricados en el Este, buenas cortinas, buenos cuadros pintados por hombres que seguramente nunca habían tenido necesidad de manejar un revólver. Todo en la casa daba una sensación de recogimiento, de paz y de riqueza que sin duda no se encontraría en ningún otro lugar de Ciudad de Plata. La gente que vivía allí debía ser buena y honorable, y Gary pensó por contraste en la salvaje muchacha que poco antes había encontrado en la puerta del saloon.

La sirvienta negra le abrió la puerta de un consultorio pintado de blanco.

—En seguida le atenderán. El doctor está preparando su maletín para salir a visitar a un enfermo, pero entretanto le curará su hija.

—Muy bien; no tengo preferencias. Basta con alguien que sepa lo que es una herida de bala.

Gary quedó unos instantes solo, y trascurridos éstos, oyó pasos que se aproximaban a la puerta. Eran unos pasos rítmicos, acompasados, que daban una rara sensación de agilidad y juventud. Gary los escuchó como si escuchara una extraña música. Y de repente la puerta se abrió y una mujer, sin duda la hija del doctor, apareció en el umbral… ¡una mujer que no era sino Stella Gladis, la que él acababa de ver unos minutos antes!

* * *

Stella se detuvo, sin entrar del todo, y miró al hombre un poco como si estuviera contemplando una aparición.

—¿Usted? —susurró.

—Sí. Tenía que venir aquí, y estaba buscando esta casa. Sin duda entró en ella mientras yo me dirigía al otro lado de la calle. ¿No se dio cuenta de que estaba herido en un brazo?

—No. Lo disimulaba muy bien.

—Debo importarle muy poco cuando ni siquiera se fijó en las

consecuencias de aquel balazo. Sin embargo, sabe que aquel tipo estuvo a punto de matarme.

—Ninguno de los pistoleros de Ciudad de Plata me importaba absolutamente nada —dijo ella con voz glacial, mientras entraba definitivamente y cerraba la puerta tras sí.

—Es extraño. No obstante, usted tiene sangre de pistolero, aunque haya nacido mujer. Llegó a Ciudad de Plata hace dos días sin más equipaje que un revólver. ¿Cómo es posible que ahora esté transformada en la hija del mejor médico de la ciudad? ¿Qué oculta en su vida?

—No hablemos de mí. Siéntese en esa silla.

—Antes de hacerlo tengo derecho a algunas preguntas, ¿no? ¿Ya tiene idea de lo que es una herida de bala?

—He ayudado a mi padre desde que tenía catorce años. Y he curado muchas heridas causadas por el plomo. Dos de ellas a mí misma.

Gary se dejó caer en la silla, y la miró con una atención donde había mucho de asombro. Porque aquella mujer tan bonita, tan femenina, tan tentadora, era la más extraña que había visto en su vida. Y porque le parecía increíble que esta verdadera señorita a la que ahora veía ciñéndose una bata blanca, fuera la trágica mujer pistolero a la que dos días antes salvara de la muerte o quizá algo peor.

—Dóblese la manga.

Gary lo hizo. Ella miró la herida.

—¿Ha tenido muchas así?

—Ésta es la cuarta. Pero la primera en duelo frente a frente. Un segundo más de distracción y aquel tipo acaba conmigo.

—Quizá hubiese sido mejor. Apoye el brazo en la mesa.

Gary, tratando de no mirarla, obedeció. Ella lavó la herida con gran cuidado y luego fue en busca de unas delgadísimas tenazas que en un hornillo se estaban calentando al rojo.

—Le va a doler un poco. Será mejor que apriete un pañuelo entre los dientes, si quiere que todo vaya bien.

—Actúe. No es la primera vez que me extraen una bala.

La mujer actuó. Lo hizo con cuidado y con gran habilidad, pero aun así el dolor fue insufrible. Gary cerró los ojos, rechinaron sus dientes. Cuando las pinzas se retiraron con el plomo sujeto, el rostro

de Gary había cambiado de color.

—Ahora lavaremos la herida otra vez. Y, si no se presentan complicaciones, sólo habrá que esperar a que cicatrice.

—Es usted una mujer extraña —dijo Gary.

—¿Por qué?

—Casi es absurdo que me lo pregunte. Por docenas de cosas. Porque al parecer maneja las armas como un hombre. Porque ha debido estar sola en los peores lugares del Oeste. Y porque, sin embargo, es la hija de un médico prestigioso y, al parecer, rico. ¿Cómo se explica todo esto? ¿Qué misterio hay en su vida, si es que puede llamarse vivir a lo que hasta ahora ha estado haciendo por las ciudades de Nevada?

—Eso tampoco le importa.

—Vuelvo a repetirle que no me parece usted una mujer demasiado agradecida.

—¿Cree que sin usted aquel gorila habría acabado conmigo, verdad? Pues se equivoca. Sé defenderme sola. Me he defendido sola en todas las situaciones y en todos los lugares del Oeste.

—¿Pero por qué ha estado en esos lugares del Oeste, si aquí podía vivir bien?

—¿Por qué ha estado usted?

—Yo soy un hijo de la pradera. Yo he nacido y vivido como los perros, sin un amor y sin un techo. El Oeste ha sido mi familia y mi patria. Pero en el caso de usted es distinto. Tiene un hogar, unos efectos y, por lo que veo, una profesión. Ésas son cosas que ligan mucho. Y, teniéndolas, no comprendo por qué ha sentido la necesidad de correr aventuras por otros lugares de Nevada, enfrentándose con situaciones y peligros que ninguna otra mujer resistiría.

—Yo sí.

—No discuto ahora su valentía, sino su estupidez —dijo él, rudamente—. Es de locos ponerse en peligro sin necesidad.

La mujer le estaba terminando ya de vendar la herida. Gary sentía su aliento muy cerca, como una caricia, como una promesa o como una amenaza tal vez. Y sentía el contacto de sus manos como algo que le quemaba la piel y penetraba hasta su sangre.

—Es curioso —susurró—. Aún no me ha dicho su nombre.

—Stella Gladis. En cuanto al suyo, tengo poco interés en

conocerlo.

Él no se ofendió.

—De todos modos, no le cuesta ningún trabajo saberlo, ya que es posible que seamos vecinos durante unos días. Me llamo Gary, Gary Temple. Ya supongo que no ha nacido usted en Ciudad de Plata, ya que la ciudad hace poco que se fundó, y usted debe de tener alrededor de veinte años. ¿Pero ha nacido en Nevada?

—No había estado jamás en Ciudad de Plata —dijo ella, contestando a la pregunta de una forma indirecta.

—¿Entonces esta casa?…

—Ignoraba que mi padre se hubiese establecido aquí. Creí que estaba más al Sur, en California, o tal vez en Utah.

Gary no sabía qué pensar. La vida y el problema de aquella mujer le afectaban profundamente, más de lo que hubiese deseado. Y en los ojos de Stella Gladis había creído ya advertir la huella de un misterio que marcaba su destino.

—Usted estaba en aquél grupo de gente mientras yo peleaba con Mor —dijo en voz baja—. Luego huyó, al ver a alguien, y eso es lo que no he comprendido. ¿Por qué escapó de allí? ¿Quién la asustó? —Y añadió en voz baja—: ¿Su propio padre tal vez?

La mujer guardó silencio unos instantes, mientras terminaba de vendarle. Luego dijo:

—Sí.

—Ya sé que es una pregunta indiscreta —murmuró él—. Pero, ¿qué le ocurre con su padre? ¿Puedo ayudarla en algo?

—No puede ayudarme en nada. Nadie puede ayudarme. Y le ruego que deje de preguntar.

Gary se puso en pie. La cura había terminado.

—Me llevaré por fuerza la impresión de que su padre es un monstruo —dijo—. Pero comprendo que no es asunto mío, y no preguntaré más. ¿Cuánto le debo por la cura?

—No me debe nada. Curarle es lo menos que puedo hacer, después de haberme librado de las zarpas de Mor.

—¿Quiere con esto obligarme a pensar que no es una mujer ingrata?

—Piense lo que quiera, señor Temple. Lo único que puedo decirle es que no me debe nada.

Gary se dirigió a la puerta, y de repente ésta se abrió, cuando ya

iba a empuñar el picaporte.

Un hombre de unos cincuenta años, bien vestido, con los cabellos completamente blancos, apareció en el umbral. Aquel hombre tenía los ojos azules y limpios y era manco del brazo derecho.

—Acabo de llegar de una consulta, Stella y… ¡Oh, perdón! —añadió al ver allí a Gary—. ¿Le ha atendido ya mi hija?

Gary, antes de contestar, contempló detenidamente a aquel hombre, sin duda el padre de la muchacha. Tenía una expresión serena, noble y resignada, y sin su brazo derecho debía de ser en aquel lugar del Oeste como un pobre hombre indefenso. Él, a su vez, contempló sonriente a Gary, y al cabo de unos instantes preguntó de nuevo:

—¿Le ha atendido ya mi hija?

—Sí —dijo el joven—. Una herida de bala. Tiene un pulso excelente y creo que ha de ser una gran ayuda para usted. Me la ha extraído sin un solo titubeo.

—Stella podría ser un gran cirujano —dijo el hombre con voz velada—. Yo le he enseñado a serlo. Pero como mujer tiene otras aficiones. —Y añadió, con un tono que quería ser alegre—: ¿Quién comprende los misterios que hay en el corazón de una mujer?

—Nadie, efectivamente —susurró Gary, tendiendo la mano al hombre—. Encantado de conocerle, doctor. Pese a lo cual no le ocultaré que espero volver por aquí muy pocas veces mientras permanezca en Ciudad de Plata.

—¿Va a estar usted mucho tiempo?

—Eso depende. No soy más que un aventurero. Puedo quedarme muchos años o permanecer tan sólo dos días.

—En todo caso le deseo suerte, señor…

—Gary Temple.

—Vaya usted con cuidado, señor Temple. Si se celebrara en el mundo un concurso de ciudades malditas, ésta ganaría el premio. Procure no pelearse con nadie y no hacer caso de lo que vea.

—Mi padre es muy aficionado a los discursos —dijo Stella con un tono de voz que parecía ligeramente desdeñoso.

—Todos los viejos lo son —sentenció el médico—. Y ahora, Stella, si eres tan amable, acompaña al caballero hasta la puerta. Es el único pistolero bien educado que ha entrado aquí en muchos

meses. Buenos días, señor.

—Buenos días. Y gracias.

Gary salió, seguido por la mujer. En el silencio de la casa oía como una llamada al frufrú obsesionante de sus ropas.

—Otro día procure que le alcancen el corazón, Gary —dijo ella, como despedida—. Nos ahorrará mucho trabajo.

—¿Ese hombre es en efecto su padre?

—Sí. Pero recuerde que me ha dicho hace poco que no volvería a hacer más preguntas.

—De acuerdo. Buenos días, Stella. Le deseo que algún día pueda llegar a ser un gran cirujano, como su padre desea.

—En estas tierras más vale ser un gran pistolero.

Le estrechó la mano y cerró en seguida al salir él. Gary se quedó unos segundos mirando la puerta, como si allí estuviera la solución de todas sus dudas.

Cuando echó a andar, las dudas le acompañaban por el camino. ¿Quién era en realidad aquella mujer? ¿Por qué había huido como asustada al ver a su padre? ¿Quién había hecho que éste perdiera un brazo? ¿Y qué misterio se ocultaba allí?

La sombra del pistolero se proyectaba espesa y amenazante sobre el suelo polvoriento de Ciudad de Plata.

CAPÍTULO V

Gary no se había trazado ningún plan al llegar a la ciudad. Perseguido por varios hombres, su caballo le condujo hasta allí como podía haberle llevado hasta la frontera de California, caso de tener resistencia para eso. Pero ahora que estaba en Ciudad de Plata, ya le era muy difícil decidirse a marchar.

La ciudad resultaba obsesionante.

Edificada sobre terrenos donde había cantidades fabulosas de plata, era en realidad un inmenso cementerio. Los hombres llegaban a ella y morían en pocos días, en pocas horas tal vez. Sólo los reyes del gatillo, los que resultaban invencibles con el «Colt», podían tener ciertas seguridades para seguir vivos allí. Los demás, y sobre todo los que habían denunciado a su nombre una mina, estaban expuestos a una puñalada en la sombra o a una bala por la espalda. Eso era normal en la ciudad.

Y los campamentos que la rodeaban eran la verdadera tierra del diablo. Allí vivían los que no habían logrado ni siquiera construirse una casa. Y las tres únicas monedas que realmente circulaban allí era el plomo, el licor y la muerte.

Gary, para disculparse ante sí mismo por su inactividad, se dijo que la herida le impedía cabalgar y perderse sólo en las profundidades del desierto. Pero en el fondo sabía que lo que verdaderamente le retenía allí era Stella Gladis, la mujer más obsesionante que había conocido jamás, y a la que se sentía unido también por los lazos del misterio.

Estaba alojado en un mediano hotel y pasaba las horas sentado en el porche contemplando a los pistoleros desde una mesa en cualquiera de los saloon.

Éstas eran las primeras vacaciones que se tomaba en su vida.

Pero la herida mejoraba.

Desde la cura realizada por Stella Gladis habían transcurrido setenta y dos horas. En todo ese tiempo no había visto de nuevo a la mujer. Ni a ella ni a su padre. Al parecer permanecían encerrados en su casa, una de las mejores de la ciudad, y no se dejaban ver por ninguno de los habitantes del pueblo.

Con la herida, Gary hubiese tenido una buena excusa para ver de nuevo a la mujer, pero no quiso emplearla porque no le agradaban las situaciones equívocas. Y porque en el fondo sentía una extraña turbación al pensar en ella.

La ciudad, entretanto, era un verdadero caos.

Nadie hizo caso al *sheriff* mientras vivió, pero desde luego se le hacía mucho menos caso después de muerto.

Los asesinatos, los robos, las violencias de toda clase se sucedían. Pero Gary no intervino en nada porque se sentía como fatigado, como herido en su alma, además de en su cuerpo. La muerte de sus cuatro compañeros le había afectado mucho más de lo que nunca supuso. Y a veces, por las noches, cuando a la ciudad llegaban los mil gritos dispares de la llanura, o cuando en los porches, bajo las luces de kerosene, algún muchachuelo interpretaba música con su armónica, pensaba en los cuatro amigos que ya nunca volverían, en «Los Caballeros de la Llanura», que ya nunca más volverían a oír en el silencio de la pradera la música cantarina de sus espuelas.

Gary, pues, no intervino en nada, a pesar de que había en la ciudad granujas donde elegir, si uno quería pelea. Pero un anochecer, justamente setenta y dos horas después de ser herido, llegó a la ciudad alguien que le llamó la atención mucho más que cualquiera de los pistoleros y buscadores de fortuna que pululaban por Ciudad de Plata.

Aquel alguien era un hombre de unos cuarenta años. No venía solo, sino a la cabeza de un grupo de seis jinetes. Una verdadera banda.

Ese hombre iba cuidadosamente afeitado, e incluso su cráneo era liso y blanco como una bola de billar. Toda su piel, en realidad era muy blanca, y sus ojos, por el contrario, eran muy negros. Había algo en aquellos ojos que daba frío, porque eran fijos, taladrantes y pequeños como los de un reptil. Aquel hombre, además, vestía

pomposamente, y sus ropas, aunque tenían las formas de las de un vaquero, eran de pura seda.

Pañuelo blanco de seda al cuello, camisa negra de seda, chaleco de seda también… Sólo sus pantalones eran de paño rudo, pero, por contraste, las espuelas eran de plata. Y también en plata labrada estaban trabajadas las cachas de sus revólveres.

Sus hombres vestían como vaqueros, pero todas sus ropas eran de calidad. Algunos incluso llevaban encima detalles ostentosos, y aun ridículos, como dos relojes de oro saliéndoles por los bolsillos. Se adivinaba en aquel grupo a la banda que está acostumbrada a golpes de fortuna. Todos sus miembros iban armados hasta los dientes, y sus revólveres eran de último modelo.

Gary estaba sentado solo, como de costumbre, en el saloon de la dulce Ketty, que era el mejor de la ciudad, cuando entraron aquellos tipos.

Primero lo hizo el jefe, que no llevaba sombrero para mejor lucir su calva. Era un hombre hercúleo, de impresionante musculatura, y que a los cuarenta años parecía encontrarse en la plenitud de su fuerza. Sus pistoleros apartaron a codazos a todos los que se encontraban en la barra e hicieron un sitio para su jefe.

—Brandy para mí y para mis chicos —dijo éste con voz enérgica, que se oyó claramente en el silencio repentino del local.

Luego se volvió y señaló a dos hombres.

—Para éste un vaso de leche. Y otro para éste.

Uno de los hombres señalados era un joven de unos veinticinco años, alto y fuerte, pero de apariencia tímida. El otro era Gary.

Fue éste, quien habló primero.

—¿Un vaso de leche? Gracias, señor, pero es una bebida demasiado fuerte para mí. Yo sólo bebo agua.

Algunas carcajadas aisladas resonaron en el saloon. La cabeza blanca del otro comenzó a volverse roja muy poco a poco.

—¿Sabes con quién estás hablando, mequetrefe?

—No tengo ese honor, caballero.

—Me llamo Kendall.

«Kendall». Gary se repitió para sí mismo aquel nombre, mientras entrecerraba los ojos. Kendall era ya una institución del hampa de Nevada. Tenía unos cuarenta años y desde los quince vivía de sus revólveres. A pesar de su fama demoníaca, Gary aún no le había

visto jamás. Era ésta la primera vez.

—Leí cierta vez su nombre, señor —dijo Gary.

—¿Dónde?

—En la lápida de una tumba.

La calva se hizo un poco más roja. Y mientras tanto el encargado de la barra, temeroso, había puesto ya ante Kendall dos grandes vasos de leche.

—Mis hombres te están encañonando —dijo, mirando a Gary—. Si te mueves te cribarán.

—¿Para qué voy a moverme, señor, si estoy tan cómodo?

Se oyeron bufidos, como si algunos hombres contuviesen por miedo su risa. Kendall musitó:

—Me he encontrado con muchos gallos como tú. En el fondo celebro haber tropezado contigo, porque, si no, la noche hubiese sido muy aburrida. Te dejaré para él último número.

Gary no contestó. Con el rabillo del ojo miró al otro joven, en el que ahora se concentraba la atención de Kendall.

—¿Y tú? ¿Tienes ganas de pelea como el otro?

—Yo soy un hombre pacífico, señor. Yo quiero vivir muchos años.

—Haces bien. Acércate a Kendall. Vamos, acércate al bondadoso y tolerante Kendall.

El joven se acercó. Se adivinaba su miedo en el temblor convulsivo de sus mandíbulas. Sus dientes no entrechocaban por verdadera casualidad. Kendall le vio avanzar hacia él con una ancha sonrisa en los labios.

Pero antes de que el otro llegara hasta él cogió el vaso y tuvo un gesto repugnante: escupió dentro de él.

—Y ahora bebe.

Temblaron más los labios del joven.

—Está bien que quiera reírse de mí un poco, señor. Yo no me opongo. Pero no se burle de esa manera.

—¡Bebe!

—Hágase cargo. No es lo mismo. ¡No puede obligarme a eso!

—¿Que no puedo?

Con la mano libre le sujetó por el cuello de la camisa y le empujó hacia abajo, con una fuerza hercúlea, haciéndole caer de rodillas. Una vez lo tuvo así, le castigó salvajemente con la espuela.

El joven lanzó un aullido de dolor, mientras en el saloon se hacía un angustioso silencio.

—Levántate.

El joven se levantó.

—¡Y ahora bebe!

El otro cogió el vaso entre sus dedos temblorosos. E iba ya a llevárselo a los labios cuando sucedió algo alucinante, increíble.

Gary, que estaba sentado tranquilamente, movió de improviso ambas piernas y derribó la mesa de un doble y seco puntapié. Al mismo tiempo, sus manos bajaron hacia las fundas pistoleras, con tal rapidez que los que le apuntaban no tuvieron tiempo de reaccionar. Gary disparó a través de las fundas. Pero la primera bala no fue dirigida a ninguno de sus enemigos, sino al vaso que el otro empuñaba entre sus dedos temblorosos. Éste quedó hecho añicos, y parte de la leche saltó sobre el rostro de Kendall.

Gary disparó otra vez y la segunda bala fue en busca de un blanco más compacto. Uno de los pistoleros iba ya a disparar sobre él, y ése fue el que murió en primer lugar. La bala de Gary le atravesó la mandíbula, matándole en el acto.

Seis hombres más, incluido el temible Kendall, estaban frente a Gary. Éste, sentado en la silla todavía, con un revólver humeante en la mano derecha los miró a todos. Luego se puso en pie lentamente, y su mano izquierda rozó la culata del revólver de aquel lado.

—Cuando los juegos duran demasiado, se hacen aburridos, Kendall —susurró—. Y cuando un juego a mí me aburre, lo hago parar. Coge a tus pistoleros, te los metes en un bolsillo y salís todos juntos de Ciudad de Plata esta misma noche.

Kendall no tenía miedo. A pesar de saber que estaba frente a un verdadero diablo, le miró con una sonrisa desafiante y burlona.

—¿Quién eres tú para mandar así?

—Me llamo Gary.

—Te he oído nombrar.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Tú eras del grupo de locos llamados «Los Caballeros de la Llanura».

—Sigo siéndolo… pero ahora estoy yo solo.

—Los imbéciles siempre me han dado lástima —dijo Kendall—, pero cuando los imbéciles se ponen insoportables no hay más

remedio que acabar con ellos. Un día me juré que acabaría contigo. Y celebro haberte encontrado, porque eso significa que ha llegado mi momento. Ni mis hombres ni yo nos marcharemos de Ciudad de Plata.

Gary sonrió con una sonrisa seca un poco cruel, que era como la sonrisa de la muerte.

—¿Queréis ser enterrados aquí?

—Tú serás el que muera. Nadie ha vencido a Kendall solo. Y menos podrá vencer a Kendall acompañado de cinco hombres. Ninguno de los que ves a mi lado es manco, y aunque tú alcances a alguno en el primer disparo, los otros te acribillarán.

Gary guardó el revólver.

—¿Por qué no lo probamos?

—¿Estás loco? —El propio Kendall no salía de su asombro ante una audiencia semejante—. ¿Tantos deseos tienes de morir?

Gary volvió a sonreír y dijo:

—Aunque sean seis hombres los que me maten, yo sólo moriré una vez.

—¡Está bien! ¡«Saca»!

La parte del saloon que ellos ocupaban había quedado completamente vacía. En medio del expectante silencio, la voz ¡«Saca»! Sonó como el trueno que anuncia una tempestad.

Y fue una verdadera tempestad.

Gary, lejos de estarse quieto en el mismo sitio, se lanzó hacia la derecha con la velocidad de un gato, chocando contra una de las columnas que sostenían el techo. Mientras volaba por el aire, extrajo sus dos revólveres y los situó en línea de tiro. La columna le sirvió de precario parapeto cuando una bala restalló junto a su cabeza. Entonces se dejó caer al suelo e hizo fuego a su vez.

Kendall y sus cinco hombres sufrían un instante de desorientación. Aquel enemigo a quien un segundo antes habían visto frente a ellos, con los pies sólidamente asentados en el suelo, parecía haberse convertido ahora en una especie de pájaro. Sus revólveres, que ya habían apuntado en una dirección, tuvieron que girar de repente. Y esos segundos fueron los que Gary aprovechó para actuar.

Hizo dos disparos y cayeron dos hombres.

Tiraba de una forma instintiva, como sin apuntar, pero

calculando las distancias y los ángulos con una mágica precisión. Siguiendo su clásico sistema, envió una cortina de plomo contra el grupo que formaban los hombres, demasiado juntos para luchar bien. Y las balas mordieron a dos enemigos más, que se bambolearon trágicamente en el mismo momento en que los dos primeros tomaban contacto con las tablas.

Kendall, que había perdido a cuatro hombres en menos de diez segundos, se dio cuenta de que contaba con la protección de un solo pistolero. Y entonces tuvo otro de sus gestos, que consistió en sujetar por los hombros al cobarde a quien había obligado a beber, parapetándose tras él. Gary, que pudo haberle matado, detuvo el movimiento de su gatillo para no derramar sangre de un inocente.

Luego Kendall actuó con una fantasía rapidez.

Sin soltar su presa, se dirigió hacia la puerta mientras hacía fuego con un solo revólver. Las balas, destinadas a cubrirle, no hirieron a Gary, pero obligaron a éste a agazaparse tras la columna y a no ofrecer un solo resquicio.

Cuando las balas dejaron de llover sobre él, fue porque Kendall ya estaba fuera.

En cuanto a su único compinche vivo, logró saltar al otro lado de la barra y salir a la calle agazapado tras ella.

Gary se puso completamente en pie y corrió hacia la puerta. Movió un poco los batientes, y un huracán de plomo se abatió sobre ellos. Kendall no era tonto, y no le dejaría salir. Entonces Gary se encogió de hombros, volvió junto a los cuatro cuerpos caídos y comprobó si alguno de ellos necesitaba ayuda. Pero los cuatro cuerpos correspondían ya a cuatro muertos.

El saloon se animó de repente. Docenas de hombres y mujeres salieron de los rincones más extraños y se acercaron a Gary. Docenas de manos quisieron felicitarle y palmear su espalda.

—¡Bravo!

—¡Kendall necesitaba una lección!

—¡No volverá a poner los pies en Ciudad de Plata!

—Me temo —dijo Gary en voz baja—, que no los sacará. Es decir, no se marchará de aquí, y se aferrará a este lugar hasta que yo muera o hasta que a él le saque el sepulturero.

Ya no se oía ruido en la calle. Sin duda Kendall estaba lejos. Gary se desasió como pudo de los brazos que le rodeaban, fingió no

ver algunas sonrisas insinuantes de mujeres y salió a la calle, sobre la que aún flotaba, espeso y caliente, el humo de la pólvora.

Un hombre estaba caído en el centro de esa calle, haciendo penosos esfuerzos para levantarse. Por su aspecto daba la sensación de que estaba herido, pero al acercarse, pudo ver Gary que sólo estaba aturdido por un golpe y por su propio miedo. Ese hombre, a quien reconoció en seguida, era el joven tras el que se había parapetado Kendall.

Gary la ayudó a levantarse.

—Ha estado de suerte, amigo. Puede agradecer a Kendall que no le haya matado. Es un tipo que nunca perdona.

El joven, que iba vestido de azul, se sacudió el polvo de las ropas con movimientos de enojo.

—No me ha matado porque se ha dado mucha prisa en huir. Kendall estaba asustado esta vez. Pero pudo haberme perforado la piel, y todo hubiese sido por su culpa.

—¡Ah! ¿De modo que por mi culpa?

—Nadie le mandaba meterse en esto. Yo hubiese soportado la humillación y en paz. Más vale eso que morir.

Gary le miró con cierto desprecio.

—Hay veces en que morir es preferible. Pero le pido perdón, y otra vez, cuando le humillen, no intervendré. Tiene usted la misma ingratitud que cierta mujer a la que he conocido en esta misma ciudad.

—Los «Caballeros de la Llanura» se metían donde no les importaba —saltó el joven casi lloriqueando—. ¡Y así han acabado ellos! ¡Ahorcados! ¡Ahorcados y sin que nadie les ayudase! ¡Métase en lo suyo y no complique la vida de los demás! ¡Si a alguien van a humillarle, no intervenga y no haga que le maten! ¡Váyase!

Gary se llevó dos dedos al ala del sombrero.

—Ha sido un honor, caballero. Tengo la sensación de que voy a recordarle durante muchos años. Pondré su nombre al primer perro que encuentre por el camino.

Dio media vuelta y se alejó. Ya había tenido bastante movimiento por aquella noche, y lo único que anhelaba era descansar. Pero ignoraba que el «movimiento» no había terminado aún y que dos horas más tarde sufriría una brutal sorpresa.

* * *

Dos horas más tarde estaba en todo su apogeo la vida nocturna de la ciudad.

Los saloons de la calle principal rebosaban de público, y los porches estaban llenos de mineros vociferantes y de pistoleros que habían salido a buscar fortuna. Gary, que se había quedado a fumar un cigarrillo junto a una baranda, fue invitado a beber por varios de los que habían presenciado poco antes su pelea en el Saloon de la dulce Ketty.

—Vamos. Acepte una copa. En esta ciudad, a la que llegan los más hábiles pistoleros del Oeste, nunca habíamos visto a un tipo como usted.

—Está invitado. No se aburrirá. Y si lo que le interesa es buscar trabajo o montar un negocio aquí, puedo presentarle a varios buenos amigos. Gente bien situada. De lo mejor de esta tierra.

Gary no tenía ganas de compañía, pero por no desairar a aquellos hombres, aceptó beber.

La calle estaba iluminada a trechos por las luces de los saloons. El resto se encontraba en penumbra. Y fue precisamente al ir a cruzar esa calle cuando Gary y los otros presenciaron una escena increíble.

En la zona de penumbra había aparecido el único pistolero que le quedaba a Kendall. Iba con el sombrero echado sobre los ojos, pero se le podía reconocer fácilmente. Y de pronto, casi junto a él, apareció el cobarde a quien Gary pretendió poco antes salvar.

Éste también llevaba el sombrero muy echado sobre los ojos, pero se le podía reconocer por sus ropas azules y por cierto «algo» inconfundible que había en sus movimientos. El pistolero de Kendall se detuvo al ver al otro y durante unos instantes se contemplaron los dos.

Desde la distancia a que Gary se encontraba era imposible oír lo que decían.

De todos modos, debía ser algo muy poco amable, porque las dos figuras se arquearon como si se dispusieran a «sacar».

—¡Ese loco! —gritó Gary—. ¡El pistolero de Kendall tira muy bien! ¡Le va a matar!

—¡Pero si es un cobarde! —saltó otro—. ¿Cómo se atreve a desafiarle ahora? ¡Parece imposible!

—¡En dos horas no puede haber cambiado de carácter! ¡No puede haberse convertido en un valiente!

Pero lo increíble estaba sucediendo. El cobarde parecía ahora decidido a todo, y fue más rápido que su enemigo. Cuando éste «sacó», ya estaba muerto. El joven vestido de azul le había clavado una bala entre las cejas.

La escena había tardado medio minuto en producirse. Y en disolverse tardó diez segundos tan sólo.

El joven, dejando un muerto a sus espaldas, un pistolero a quien había matado en duelo abierto, se esfumó como si se lo hubiese tragado la noche.

—¡Es imposible! —murmuró alguien—. ¡Si ese tipo no se atrevía a enfrentarse ni con un buey!

—Debe haber cambiado —dijo otro—. Todos lo hemos visto. Ha matado a su enemigo cara a cara y limpiamente.

—Tendrán que disculparme —dijo Gary.

Echó a correr, sin esperar la respuesta de los otros, y se perdió por la esquina más cercana. Conocía ya la población lo bastante bien para saber el camino que debía haber seguido el hombre vestido de azul. Y decidió cortárselo.

CAPÍTULO VI

La calle daba a la parte trasera de la casa y estaba silenciosa como una tumba. Sólo algunas luces, aquí y allá, rasgaban la penumbra. La luna arrancaba reflejos fantasmales a los vidrios de algunas ventanas.

Vio al hombre vestido de azul, que se deslizaba junto a las casas igual que una sombra. E igual que una sombra Gary se deslizó también, hasta llegar a unos pasos de distancia.

—Arriba las manos —silbó.

El otro se movió con la velocidad de un reptil. Lejos de intimidarse por aquella orden, actuó como el más temerario de los pistoleros. Rápidamente se arrojó a tierra, mientras daba media vuelta y sacaba el revólver. La habilidad con que hizo todo esto fue sencillamente maravillosa. Pero Gary no estaba desprevenido, y como ya tenía el revólver en la mano, actuó. Una sola bala arrancó el arma de entre los dedos de su enemigo, sin herirle.

Éste quedó en el suelo, mirándole desde las sombras como un gato dispuesto a saltar.

—Levántate.

El de azul se levantó. Sus movimientos ágiles y seguros eran verdaderamente los de un felino.

—Acércate.

El otro no se acercó, y Gary tuvo que ir hasta él. De un solo golpe le arrancó el sombrero, que le cubría completamente las facciones, y entonces una cascada de hermosos cabellos se desplomó sobre los hombros de aquel extraño pistolero. Unas facciones hermosas, tentadoras, suaves y perfectas, se mostraron a la luz de la luna.

¡Porque aquel pistolero era una mujer! ¡Una mujer a la que Gary

conocía como Stella Gladis!

Tardó unos segundos en reaccionar de la sorpresa, aunque había esperado algo así, la realidad de sus sospechas le hacía sentirse un poco turbado. Y es que desde que conoció a aquella mujer, ésta no había hecho más que llevarle de un asombro a otro asombro mayor.

Le dijo:

—Eres lo más extraño que he visto en mi vida. Una mujer pistolero que primero mata y luego desaparece como si se la hubiese tragado la tierra. Una enfermera que sabe curar heridas de bala mejor que un médico. Y por fin un pistolero vestido de hombre. Todas esas cosas las has sido en tres o cuatro días. ¿Podré saber al fin cuál es tu verdadera personalidad?

—¡Tenías que ser tú! —dijo ella sordamente—. ¡Tú! ¡Me persigues como si fueras mi propia sombra!

—Te persigo porque parece como si el destino se hubiera empeñado en que siempre nos tropezásemos los dos. Y ya que nos hemos encontrado otra vez, vamos a hablar claro.

—Pregunta lo que quieras. Y yo te contestaré a lo que me dé la gana.

—Esas ropas, te vienen anchas y disimulan tus relieves femeninos, pero, de todos modos, algo vi en ti que me dijo que eras una mujer. Y algo vi en tus movimientos que me dijo que llevabas la misma sangre que el tipo a quien estas ropas pertenecen. ¿Quién es él?

—Mi hermano John —susurró ella—. El único hermano que tengo.

—¿Por qué te has puesto sus ropas?

—Porque él es un cobarde, una pobre cucaracha que se arrastra por los caminos en espera de que alguien le aplaste. Eso es él. Toda la ciudad le humilla y le menosprecia, y aprovechando la penumbra de aquella zona de calle quise que me confundieran con él. Quise que todos llegaran a creer que John Gladis no es un pobre cobarde.

Dentro de su sorpresa, Gary sintió por aquella muchacha una auténtica y sincera admiración.

—¿Ya has pensado que hacer una cosa así podía costarte la vida?

—¿A mí? ¿Quién crees que era aquel pistolero? No sabía manejar el revólver. No he tenido ni para empezar.

—Hablas igual que un desesperado de la pradera.

—Es que en cierto modo yo he sido un desesperado de la pradera durante meses y meses. Y he recorrido todo Nevada y los Estados contiguos viviendo de mi gatillo.

—Y eso, ¿por qué?

La muchacha no contestó. Parecía vacilar por primera vez, como si no quisiera decir la verdad, pero al mismo tiempo no se atrevía a mentir a Gary. Y al fin, una seca voz que venía de las sombras contestó por ella:

—Hizo todo eso porque estaba buscando a Kendall.

CAPÍTULO VII

Gary se volvió hacia la dirección en que acababa de sonar aquella voz, pero lo hizo sin prisas y sin mover el revólver. Había reconocido aquel acento especial y aquella entonación un poco fatigada y triste. El inglés que empleaba aquel hombre era más suave y correcto que el que solían emplear los granujas de Ciudad de Plata. Gary preguntó:

—¿Por qué no se acerca?

Se oyeron lentas pisadas entre las sombras y el padre de Stella apareció ante sus ojos.

—No se sorprenda —comenzó—. La parte trasera de nuestra casa da a este callejón. Oí el disparo y me asomé, aunque esas cosas ya no debieran llamarme la atención. Entonces reconocí la voz de Stella.

—Teníamos una conversación muy interesante —dijo Gary—, pero mucho más interesante me resulta la frase que acaba de pronunciar usted.

—He dicho la verdad.

—¿Stella ha recorrido todo Nevada tan sólo para buscar a ese granuja de Kendall?

—Eso es.

—No me dirá que estaba enamorada de él ni de su maldita cabeza calva.

—Quería matarle —dijo Stella, rompiendo su mutismo—. Matarle con mis propios revólveres.

—¿Por qué?

—Es una historia muy triste y muy larga de contar, amigo —dijo el médico con la misma voz cansada—. Venga a verme en cualquier momento y se lo contaré. Pero no me haga hablar ahora.

—¿Sabe usted ya que Kendall está en la ciudad?

El médico se estremeció visiblemente.

—Ya he notado que algo extraño ocurría en Ciudad de Plata. Pero no creí que fuera por él. He tenido tanto trabajo en las últimas horas que no me ha quedado tiempo para enterarme ni de una noticia como ésa.

—Kendall está solo —dijo Gary en voz baja, mientras se movía un poco en la penumbra y guardaba sus revólveres—. Esta tarde he matado a todos sus hombres, menos uno, y a éste último lo ha eliminado Stella hace apenas unos minutos.

—¡Stella! —gritó el médico—. ¿Es posible?…

—Y no descansaré hasta matar al mismo Kendall —susurró la muchacha—. Lo sabes demasiado bien.

—Creo que será mejor que me invite a tomar una copa —susurró Gary—, y que de paso me cuente esa historia.

—Bien. Pase. Pero después de oírla no sé qué, va a pensar usted de mí y de mi hijo John.

—De usted no lo sé. De su hijo John ya pienso ahora que es un cobarde.

Los hombros del médico se abatieron un poco más y, acercándose a la casa, que estaba entre las sombras, abrió una puerta. Un rectángulo de luz se proyectó sobre la calle.

Instantes después Gary se hallaba sentado ante una mesa, en el interior, teniendo frente a él al médico y a su hija Stella. Ésta no se había despojado aún de sus ropas de hombre, pese a lo cual aparecía graciosa y quizá más bonita que nunca. Había algo en ella que estaba por encima del modo como fuese vestida. Stella era una mujer que tenía una rara personalidad, una distinción que la hacía inolvidable. Miró a Gary un poco burlonamente mientras éste preguntaba:

—¿Cuándo conoció usted a Kendall?

—Hace tres años —susurró el médico con la mirada extraviada —. Justamente tres años.

—Desde que murió mi madre —silbó Stella con un soplo helado en la voz.

Gary se estremeció.

—¿Es que Kendall… fue el culpable de su muerte?

—Sí.

—¿Cómo sucedió?

—A Kendall le gustaba mi mujer —dijo el médico con voz apagada—. Le gustaba a su manera, claro. Ethel, a pesar de tener dos hijos ya mayores, conservaba toda su belleza y, sobre todo, era elegante y tenía verdadera distinción. Nosotros no estábamos en Ciudad de Plata entonces, sino en Carson City. No sabría decirle qué era lo peor, si aquello o esto. En Carson City los pistoleros formaban legión, pero Kendall era el peor y más cruel de todos ellos. Un día asesinó a mi esposa después de ultrajarla. Yo… quise vengarla y perdí este brazo. Fue lo menos que me podía suceder. Kendall tiró a matar y sólo me alcanzó en el brazo derecho. Yo no pude causarle ni siquiera un ligero rasguño. Pero me estuvo bien.

—¿Por qué dice que le estuvo bien? ¿Es que aún merecía perder un brazo después de sufrir el choque terrible que debía representar al ver asesinada a su esposa?

—Luego he comprendido que la venganza es un sentimiento ruin.

En contra de su voluntad, Gary admiró la entereza y la bondad de aquel hombre que lo había perdido todo, incluso su brazo derecho, y que, no obstante, todavía hablaba de que la venganza es un sentimiento ruin.

—Lo menos que Kendall merecía era la muerte —dijo de todos modos—. Una muerte bien administrada por un «Colt Frontier».

—Está usted hablando lo mismo que mi hija.

Gary desvió los ojos hacia la muchacha y vio entonces la luz fiera y decidida que brillaba en sus ojos.

—¿Por qué?

—Mis hijos ya eran lo bastante mayores para decidirse a obrar por su cuenta —dijo el médico, con la misma voz apagada—. Pero al ver lo sucedido, los dos reaccionaron de bien distinta forma. Justamente al revés de lo que parecía normal.

—Comprendo. John se mostró como un cobarde y, en cambio, Stella…

—Stella se convirtió en un auténtico pistolero del desierto. Empuñó dos «Colt» y se lanzó con ellos en busca del asesino. Fue inútil todo cuanto hice por disuadirla primero y por detenerla después. Su destino estaba trazado y la línea de su existencia parecía marcada con plomo. Durante todo este tiempo ha buscado a

Kendall… inútilmente.

—Pero ahora sé que está en la ciudad —dijo ella, tras morderse los labios rabiosamente—. Y ha llegado el momento de que nos enfrentemos los dos. ¡Ha llegado el momento de que hablen los revólveres y de que sólo uno de nosotros quede vivo sobre la tierra!

—He recorrido todo Nevada buscándole, Stella —susurró el médico con penosa entonación—. He abierto mi consultorio en todos los lugares en donde sospechaba que tendrías que ir algún día. Hasta que, al fin, cansado, compré esta casa a un hombre que se había hastiado de ver morir gente a su alrededor, y me establecí en Ciudad de Plata. Al fin te vi durante aquella pelea. Pero tú, al principio, huiste como si me tuvieras miedo…

—No quería que te opusieras a mis designios —susurró Stella—. Una cucaracha como Kendall tenía que ser aplastada. Una rata como él merecía morir sin compasión alguna. Y si accedí a venir a vivir aquí y ayudarte, como siempre había hecho, fue pensando que algún día tendría ocasión de enfrentarme con Kendall… ¡y exterminarle!

—Kendall te matará —dijo el hombre—. Es un pistolero a quien nadie ha vencido aún. Y no quiero quedarme sin brazo derecho, sin esposa, sin hija… ¡y con sólo un hijo que es un cobarde!

—Lo que John no es capaz de hacer lo haré yo —musitó Stella con decisión—. Yo mataré a Kendall.

Gary, que era testigo silencioso de aquel diálogo, dejó poco a poco sobre la mesa el vaso de licor que tenía entre los dedos.

—Ruego que nos perdone —dijo el médico con cierta turbación —. Ahora ya sabe usted tanto como nosotros. Pero lamento de todo corazón que sea testigo de esta disputa.

—Su hija tiene razón —dijo Gary—. Matar a un tipo como Kendall no es una venganza. Es una labor de salud pública.

—¿También usted piensa así?

—Durante un tiempo me dediqué exclusivamente a llevar a la práctica pensamientos como éste.

El médico nada añadió. Se puso cansinamente en pie y susurró, mirando a su hija:

—Despide tú, por favor, a nuestro visitante. Le ruego que me perdone, señor. Estoy muy deprimido y algo fatigado.

—No se preocupe por mí —dijo Gary poniéndose en pie—.

Pienso marcharme en seguida.

El médico le tendió la mano útil y poco después desaparecía tras una de las puertas. Gary quedó a solas con Stella, que ni siquiera se había levantado. La muchacha le miraba desde su butaca con una sonrisa burlona y a un tiempo incitante, una sonrisa que removía sentimientos violentos y secretos en el corazón del hombre.

—Gracias por haberme apoyado —dijo Stella—. Creí que terminarías dando la razón a mi padre.

—Kendall merece la muerte, pero tu padre merece vivir. Es uno de los hombres más admirables que he conocido, y ojalá el futuro de esta tierra esté en manos de seres como él.

—Has dicho antes una frase extraña —murmuró ella.

—¿Cuál?

—Has dicho: «Durante un tiempo me dediqué a llevar a la práctica pensamientos como éste». ¿Es que has eliminado ya a otras alimañas como ese maldito Kendall?

—Durante un tiempo no hice otra cosa. ¿Has oído hablar de «Los caballeros de la Llanura»?

—Sí. Unos hombres que no se fiaron de la justicia de los *sheriffs* ni de los tribunales del Oeste. Unos hombres que se lanzaron a las llanuras para reparar con las armas las injusticias que encontraban a su paso. En Nevada forman ya casi una leyenda. Pero oí decir que todos ellos habían ido muriendo, y algunos de ellos en la horca.

—Sólo yo quedo con vida. No sé si vale la pena.

La expresión de la muchacha había cambiado casi instantáneamente. Se hizo dura, agresiva. Y sus labios adquirieron una mueca tan especial que Gary tuvo que entrecerrar los ojos a causa de la sorpresa.

—¿Qué te ocurre?

—Por culpa tuya murió una mujer. Una mujer que esperó que tú la salvases hasta el último minuto. Hasta ahora no había sabido que eras tú. No había relacionado tu nombre con «Los caballeros de la Llanura».

—¿Dónde ocurrió eso?

—En Pacificville, a muy poca distancia de aquí.

Las facciones de Gary se contrajeron en una mueca que era al mismo tiempo de rabia y de furor.

—No es posible. Sé que sólo puedes referirte a una mujer, una

mujer que nos ayudó algunas veces y con la que me unían lazos tan sólidos de amistad que todos la creían mi novia. Pero ella no estaba en Pacificville, sino en Carson City.

—Estaba en Pacificville hace justamente ocho días. Y unos cuantos pistoleros que cobraban de los hombres más ricos de este Estado la ahorcaron precisamente porque os había ayudado alguna vez.

—Hace ocho días justamente —susurró Gary, con los ojos entrecerrados y las manos crispadas sobre el respaldo del sillón—, vengué en Fort Laramie a mi último compañero.

—No sé si eso será cierto —dijo ella con expresión de desafío—. No sé si serás tan valiente como parecen indicar los hechos ocurridos desde que llegaste a Ciudad de Plata.

—Ni valiente ni cobarde —dijo él—, pero de saberlo hubiera ayudado a aquella mujer a salvarse.

—¿Es eso verdad o tenías miedo de aquéllas fieras sanguinarias? ¿De verdad no supiste que iban a ahorcarla?

—¿Cómo iba a saberlo? —susurró él entrelazando los dedos con desesperación—. ¿Cómo iba a imaginarlo siquiera, si ella tenía que estar en Carson City en lugar de en Pacificville?

—Tus palabras no acaban de convencerme. Ella esperó hasta el fin que fueras a salvarla. Ella confió en ti hasta que la soga destrozó su cuello.

El brutal pensamiento hizo que todos los músculos de Gary sufriesen una sacudida.

—¡Quiero los nombres de los que la ahorcaron! —rugió—. ¿Me entiendes? ¡Sus nombres o alguna seña por la que pueda distinguirlos! ¡Revolveré Nevada entera y no me detendré hasta que les vea materialmente rociados de plomo! ¡Hasta que los vea caer desechos a mis pies!

—No te preocupes por eso —sonrió ella—. Aquella mujer ya está bien vengada.

—¿Quieres decir que los que la ahorcaron han muerto? ¿Todos?

—Sí.

—¿Quién acabó con ellos?

—Yo misma.

Gary no acababa de entender qué clase de mujer tenía ante los ojos. La miró con detención, como asombrándose de que tanta

belleza pudiera contener tanta valentía.

—¿Qué hacías en Pacificville?

—¿Qué hacía? Dar vueltas en busca de Kendall por esta tierra maldita, como siempre. Pero en Pacificville necesitaba dinero y había prometido cantar en un saloon. Naturalmente, después de matar a aquellos hombres no lo hice. El éxito hubiera sido demasiado ruidoso.

—Todos han muerto —susurró Gary llevándose una mano a la frente, con cansancio, cerrando los ojos—. Todos, incluso ella. De «Los Caballeros de la Llanura» pronto no quedará más que un recuerdo lejano y unas cuantas letras en unas pocas tumbas.

—Quedas tú —susurró ella—, aun cuando exactamente nunca he podido entender lo que pretendíais.

—Poner nuestros revólveres al servicio de la justicia, allí donde la justicia hubiera sido olvidada. Eso era todo.

—¿Sin ningún motivo personal?

—Todos teníamos algún motivo personal clavado en el corazón. Pero lo que nos movía era el deseo de acabar con el horror que se estaba adueñando de esta tierra.

—El horror se ha adueñado ya de ella —dijo la muchacha, encogiéndose de hombros—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Qué piensas hacer tú?

—Buscar a Kendall y matarle.

—¿Pero te atreverás a enfrentarte con él? ¿A desafiarle cara a cara?

—¿Por qué no? Kendall no me da miedo. Y sé que si me alcanza necesitará hacerlo con una bala entre las cejas o en el centro del corazón, para que yo muera en una fracción de segundo. Porque si me alcanza en otro sitio, y yo llego a darme cuenta de que caigo… ¡lo mataré! ¡Me quedarán fuerzas para levantar el revólver y disparar seis veces contra él!

Se había exaltado. Ahora, se acababa de poner en pie y sus facciones reflejaban una indomable energía. Nuevamente Gary la admiró, aun en contra de su voluntad.

—Quítate esas ropas de hombre. No te favorecen.

Ella dirigió una mirada hacia él y se dio cuenta entonces de que por primera vez Gary la miraba como a una mujer. Quizá hasta entonces había pensado nada más en los revólveres, en los gatillos,

en la lucha. Pero ahora la miraba como un hombre a una mujer que está a solas con él. La mirada fue tan intensa, tan taladrante y al mismo tiempo tan dulce, que Stella se sintió turbada a pesar de toda su energía.

—Mataré a Kendall —dijo, mientras paseaba nerviosamente de un lado a otro de la habitación—. Ahora que está en Ciudad de Plata y le has humillado, no marchará hasta haber acabado contigo. Pero antes tendremos un encuentro y acabaré yo con él.

—Supongo que en este punto vamos a entrar un poco en competencia, Stella. Tengo también un interés especial en acabar con Kendall.

—¿Por qué? ¿Para vengarnos a nosotros?

—Para evitar que te mate.

Stella sonrió.

—Te desafío, Gary. Veremos quién le mata antes. Y veremos a quién le tiembla el revólver cuando se enfrente con él.

CAPÍTULO VIII

El sol caía a plomo sobre la calle. Hacía calor. A la sombra de los porches algunos viejos fumaban en pipa y algunos muchachuelos interpretaban música lánguida con sus armónicas.

Gary, que acababa de salir del hotel, se tropezó de manos a boca con John, el hermano de Stella. El joven llevaba al cinto dos revólveres, pero tenía aspecto de no haberlos usado jamás. Y en sus labios había una mueca que era de asco, de desesperación o de miedo. A pesar de sus armas era de lo más opuesto a los pistoleros que pululaban por Ciudad de Plata.

Gary le saludó discretamente, llevándose la derecha al sombrero, pero el otro le detuvo.

—Tiene usted que largarse de la ciudad —dijo de buenas a primeras, sujetándole por el brazo izquierdo, que Gary sólo podía mover aún con bastante dificultad.

—¿Marcharme? ¿Por qué? ¿Es que le molestan los colores de mi camisa?

—Me puso usted en un aprieto anoche y sé que no podré vivir tranquilo mientras permanezca en Ciudad de Plata. Ese Kendall no descansará hasta matarle y, lo que es peor, hasta matarme a mí.

—Celebraría que Kendall tuviese esa feliz idea.

—¿Por qué?

—Porque a mí me ahorraría tener que abonar la cuenta del hotel, y a usted le quitaría de una vez el miedo espantoso que tiene a la muerte.

—¿Me está llamando cobarde?

—Sospecho que no hace falta. En Ciudad de Plata hay docenas de personas que ya le han llamado así.

—¡De todos modos no consiento que un forastero dude de mi

valor!

Gary torció los labios en una mueca.

—Más vale que no trate de darse ánimos a sí mismo con esta conversación. No conseguiríamos más que cansarnos inútilmente. Le sugiero otra solución que es mucho mejor todavía.

—¿Cuál?

—Que sea usted quien se marche de Ciudad de Plata.

—¡Usted no tiene derecho a…!

—No se excite. Esto es una advertencia, pero también es un favor que le pido. El que usted se marche de Ciudad de Plata es muy importante para mí.

—No le entiendo. ¿Qué le importa que yo esté fuera o dentro de este maldito villorrio?

—No es por usted precisamente, sino por Stella y por su padre. Tiene que convencerlos para que se marchen de aquí. Tiene que preparar sus bártulos y hacer que salgan de Ciudad de Plata aun cuando sólo sea por dos días.

El joven dio su conformidad con una rapidez que por un lado alegró a Gary, pero por otro le causó cierta repugnancia, porque todo aquello no era por parte de John Gladis más que la expresión de su miedo cerval.

—¡Oh, sí, sí! ¡Naturalmente trataré de convencerlos para que se marchen, y yo saldré con ellos! ¡Nos iremos un par de semanas a Carson City, o tal vez algo más lejos! ¡Ha sido una magnífica idea!

—Está bien. Si le parece magnífica, llévela a efecto. No hay mucho tiempo que perder.

El joven fue a dar media vuelta. Pero en ese momento alguien intervino en la conversación.

Eran tres tipos. Tres tipos peludos como osos y vestidos como piratas. Llevaban encima más polvo y suciedad que una manada después de cruzar el desierto. Algunas de las manchas de sus camisas eran de sangre seca. Parecían no haber sido lavadas jamás.

Esos tres tipos, con los brazos en jarras, habían estado contemplando a Gary y a John Gladis sin que estos dos lo advirtieran. Ahora se pusieron a lanzar carcajadas, llevándose ambas manos al vientre.

—¿De qué hablabais, forastero? ¿Te estaba enseñando John las cien maneras de portarse como un cobarde?

—No puedo perder el tiempo oyendo hablar a los bravucones —dijo Gary—. Id a beber al saloon. Quizá dentro del vaso encontréis una mina de plata.

—¿Ah, sí? ¿Y si no nos da la gana?

—Os dé la gana o no, yo tengo mis propios asuntos. Id al diablo. Hay aquí cosas mejores que pelear.

—Es que no nos gustan los cobardes —masculló uno de ellos—. John lo es, y tú, forastero, pareces formado en su misma escuela. ¿A que John no tiene valor para acercarse a nosotros?

Gary susurró al oído del joven:

—Acérquese.

—¿Pero está loco? —masculló él entre dientes—. Tienen aspecto de borrachos. Me matarán. Son de esos tipos que llegan a Ciudad de Plata sólo porque ésta es la tierra de la sangre…

—Tiene que quitarse el miedo de encima de una maldita vez. Verá cómo esos tipos no son nada si se les trata con energía. No se acobarde ante ellos. Demuestre que es superior.

Castañeteaban los dientes de John Gladis.

—¡Usted quiere que me maten!

—Quiero que olvide su cobardía. Quiero que se dé cuenta de que para vencer sólo hace falta un poco de decisión.

John quiso tenerla. Se mordió el labio inferior y avanzó dos pasos en dirección a los pistoleros.

—Ven aquí, ricura. Vamos a darte un abrazo.

—Nos han dicho que tienes una hermanita que es un bombón. ¿Es eso cierto?

Uno de ellos desenfundó un puñal.

—Voy a hacerte una pequeña caricia. Sólo dibujarte un corazón en la piel para que lo vea ella.

John Gladis se estremeció ante la visión de la hoja de acero. Sus rodillas temblaron más que de costumbre y echó a correr hacia atrás, intentando ganar nuevamente el porche. Pero uno de los pistoleros ya parecía haber contado con esto, porque se lanzó sobre él apenas hubo dado media vuelta. Y sus brazos de gorila le ciñeron antes de que llegara junto a Gary. John, con voz balbuciente, pidió socorro.

—Mueve los brazos —dijo Gary—. Defiéndete. Hay momentos en que para enseñar a uno a nadar no queda más remedio que

arrojarlo al agua.

Pero John Gladis no se defendió, porque no sabía hacerlo. El primer puñetazo le partió los labios, y el segundo dio con él en tierra. Una manaza le sujetó por la camisa y le puso en pie.

—Ahora verás lo que sabemos hacer.

Un cuchillo se acercó a su garganta, abriéndole la camisa de abajo arriba. John lanzó un alarido, a pesar de que la hoja no había penetrado en su piel. De no estar tan aterrorizado, se hubiese dado cuenta de que no corría por el momento peligro alguno. Los pistoleros querían divertirse un buen rato con él, antes de eliminarlo del mundo de los vivos.

—Quítale los revólveres, Pete —rió uno de los pistoleros—. Y haz que se trague una bala.

Entre los tres le sujetaron y casi lo levantaron en hombros. Pero al dejarlo caer de repente, muy poco después, sólo le sujetó uno de ellos. Los otros dos se pusieron a golpearle con los dos puños y con todas sus fuerzas. John Gladis, con los labios partidos, las cejas trituradas y las facciones convertidas en una máscara sangrienta, balbució, mientras una espuma roja brotaba de entre sus dientes:

—Ayúdeme… Se lo ruego, Gary… ¡Por Dios, ayúdeme!

Gary, que tenía los dedos enredados en las hebillas de sus cinturones canana, se los desabrochó lentamente. Los revólveres cayeron al suelo y produjeron un ruido semejante al de una losa de metal que se cerraba sobre una tumba.

Los tres pistoleros, dos de los cuales habían llevado ya sus manos a las culatas, le miraron atónitos. Tan asombrados estaban que incluso dejaron de golpear a John Gladis.

—¿Crees que esos tipos son invencibles? —preguntó Gary—. ¿Crees que si tuvieras ganas de defenderte y fueras un poco valiente no los enviarías al diablo a los tres?

—¡Son invencibles! ¡Han nacido para vivir de sus puños y su gatillo! ¡Haga algo por mí, señor…!

—Lo mejor que puedo hacer por ti en estos momentos es enseñarte a pelear. Y voy a hacerlo.

Avanzó hacia los tres pistoleros y gritó:

—¡Vamos! ¿Por qué no jugáis conmigo, valientes?

Los tres lanzaron a la vez una carcajada. A pesar de la impresionante musculatura de Gary, reducirle a pulpa con sus

puños no sería demasiado difícil.

—¡Sujétale, Pete!

El llamado Pete le sujetó con habilidad, trabándole ambos brazos. Los otros dos, que se habían olvidado ya de John Gladis, comenzaron a mover los puños.

Pero Gary comenzó a mover las piernas.

Apoyándose en el mismo enemigo que lo sujetaba, levantó las dos a la vez y propinó un terrible puntapié a cada uno de los pistoleros que iban a aproximársele. Éstos cayeron hacia atrás igual que fardos, mientras un alarido se levantaba de la masa de espectadores que habían acudido a presenciar la pelea. Gary no se contentó con esto, sino que el que le sujetaba tuvo también su parte.

Hizo palanca con los brazos y se libró de la presión de los de su enemigo. Luego los levantó hacia atrás, sujetó a éste por la nuca y lo hizo saltar por encima de su cabeza. Había transcurrido apenas un minuto desde que comenzó la pelea y sus tres adversarios estaban ya en tierra, sin saber aún bien qué era lo que había sucedido.

—¡Vamos, levantaos! ¡Esto acaba de empezar solamente!

Los tres se lanzaron a la vez. No empuñaron todavía revólveres ni puñales porque ante la enorme muchedumbre que allí se había congregado querían vencer a su enemigo sólo con los músculos. A pesar del afortunado golpe inicial de éste, creían que les sería posible hacerlo aún.

Pete fue el primero en llegar.

—¡Comienza el reparto! —gritó Gary.

Un gancho a la mandíbula dio con este primer enemigo en tierra. Pero cuando todavía estaba cayendo, Gary le propinó un puntapié. De un zurdazo rechazó al segundo, y como, para recibir al tercero ya no tenía ni siquiera tiempo de mover los puños, se limitó a arquear la espalda y hacerle saltar por encima.

Los tres pistoleros estaban en el suelo otra vez. Los gritos se hicieron estentóreos ahora.

—¡Máteles, Gary!

—¡Recoge tus revólveres!

—¡Ya has demostrado que tus puños son más fuertes! ¡Ahora extermínales para que aprendan todos los de su clase!

—¡Empuña tus armas!

Pero los que empuñaron las armas fueron los pistoleros. Aquel enemigo era demasiado duro incluso para los tres juntos. Y Pete se lanzó hacia él con un puñal en la derecha.

—¡Cuidado!

Había gritado una mujer. Gary reconoció la voz excitada de Stella Gladis.

Las dos manos de Gary sujetaron la muñeca derecha de Pete y la retorcieron, volteando al hombre con una rapidez fantástica. Pete saltó por los aires, pero en puñal se quedó en el sitio porque tuvo que soltarlo. Gary lo recogió, e hizo bien.

Ahora iban a hablar los revólveres.

Los otros dos forajidos, desde el suelo, habían sacado ya sus «Colt». El de la izquierda lo tenía ya levantado y a punto para disparar. Y a ése le tocó la fortuna.

Gary, con un seco movimiento, lanzó el puñal contra él. La hoja de acero se clavó temblorosa en la garganta de su enemigo.

Luego el joven se lanzó hacia un costado, en busca de sus revólveres. Dos balas rozaron su cabeza y una de ellas incluso le produjo como un desvanecimiento. Logró sujetar la culata, desde el suelo, cuando su segundo enemigo se apoyaba en una rodilla para tirar mejor. Gary hizo fuego a través de la funda, e inmediatamente comenzó a dar vueltas sobre sí mismo. Las balas que lanzó Pete —pues el otro había recibido el plomo mortal a la altura del corazón—, siluetearon su figura y dejaron en el polvo de la calle como un reguero macabro.

Para Pete fue la última bala. Gary, que había logrado enfilarla, disparó a través de la funda otra vez. Y otra vez el plomo buscó aullando el corazón de un enemigo.

Cuando Gary se puso en pie, estaba pálido y parecía como si le faltasen las fuerzas. No en vano había vencido a tres hombres, y al principio sólo con sus manos. Unas gotas de frío sudor perlaban su frente cuando se volvió para mirar a John.

—No era tan difícil. Bastaba con la voluntad de vencer. Tú también pudiste haberlo hecho.

—¡Yo nunca podré vencer a tres pistoleros profesionales! —gimoteó el cobarde—. ¡Ni lo intentaré nunca, nunca! ¡Ha sido horrible! ¡Luchar así ha sido peor que la muerte!

—No, amigo. Te aseguro que la muerte es peor. Y recuerda que los valientes sólo mueren una vez, mientras que los cobardes mueren cien veces.

Le puso una mano en la espalda, casi con afecto, y se dirigió hacia el grupo de gente para pasar a su través. Ignoraba que en aquellos momentos alguien que acababa de presenciar la pelea desde la ventana de un saloon se apartaba de la zona visible para volver junto a la barra con uno de sus compinches.

Aquel alguien era Kendall.

Con las facciones todavía ligeramente rojas a causa de la excitación causada por lo que acababa de ver, los labios torcidos en una mueca de rabia y los dedos temblorosos, necesitó sujetar fuertemente el vaso para poder llevárselo a los labios.

—Muy duro el forastero —susurró su compinche—. Hacía años que no veía pelear así. Me ha recordado a Wild Bill Hickoch en los comienzos de su carrera. No he visto a nadie más que tuviera bríos para pelear así… a excepción de ese demonio.

—Creí que podría ahorrarme la molestia de matarle yo —dijo Kendall—. Por eso pagué a los tres pistoleros que acabas de ver, a fin de que lo provocaran. Pero veo que no me va a quedar más remedio que tomar cartas personales en el asunto.

Terminó de beber. Sus facciones se habían ido volviendo, por momentos, cada vez más rojas.

—Si intervienes personalmente en esto, conviene que antes de hacerlo oigas mi consejo —dijo el otro.

—¿Qué tienes que aconsejarme?

—No lo mates cara a cara.

Los dedos de Kendall se cerraron sobre el vaso con fuerza.

—Puedo matarle cara a cara porque nadie me ha vencido aún. Pero sabes que no me gusta perder tiempo con obstáculos inútiles. Reuniré a unos cuantos hombres, haré que le maten y el asunto quedará concluido.

—Me parece que esta decisión obedece a otros motivos, Kendall —dijo su lugarteniente con una sarcástica sonrisa.

—¿Cuáles?

—Por primera vez tienes miedo. Por primera vez has visto a alguien que es más rápido que tú.

—¿Crees acaso que estoy en decadencia?

Algo hubo en los ojos de Kendall que atemorizó al hombre que tenía enfrente. Algo le hizo retroceder un paso, comprendiendo que la fiera sanguinaria que Kendall fue durante toda su vida, era ahora mucho más peligrosa que nunca.

Lo que sucedió a continuación fue tan asombroso que los clientes del saloon, cuando más tarde quisieron explicar lo que habían visto, no se pusieron de acuerdo. Para muchos alguien había ayudado a Kendall, porque no era posible que un hombre disparase tantas balas en tan breves segundos. Para otros, no tan escépticos, Kendall había disparado con sus dos revólveres, haciéndolo con una maravillosa rapidez. Hubo algunos que afirmaron que Kendall había disparado con un solo revólver, pero nadie le creyó, en parte porque los que afirmaban esto eran pocos y en parte por ser opinión general que nadie podía disparar balazos tan seguidos con una sola arma.

Y sin embargo, los que tenían razón eran estos últimos. Kendall había disparado con un solo revólver.

CAPÍTULO IX

Cuando su compinche dio un paso hacia atrás, Kendall sabía de sobra que aquel hombre se había desmandado y que ya no quedaba más remedio que matarle. Hizo esto, además, con verdadero placer. Esperó a que su enemigo se llevara las manos a las culatas y entonces él tiró de su revólver derecho. Las seis balas aullaron como si las seis detonaciones fueran una sola. El hombre que tenía enfrenté cayó sin haber tenido ni siquiera tiempo para levantar el cañón de su arma.

Luego Kendall se volvió hacia los que habían presenciado la exhibición. Quería que todos se diesen cuenta de la perfección y la exactitud de sus impactos.

—Quisiera que examinaseis el cadáver —dijo en voz alta, dirigiéndose a todos—. Desafío a que alguien me demuestre que una sola de las heridas no es mortal.

Si de algo entendían los habitantes de Ciudad de Plata era de heridas y de disparos certeros. Varios curiosos se acercaron y examinaron los impactos. Los seis estaban repartidos entre los lugares tan precisos como la cabeza, el corazón y la zona de las arterias del cuello. Cada una de aquellas balas hubiera bastado para producir la muerte.

—¿Hay alguien que se sienta solo en Ciudad de Plata? —dijo luego Kendall, cuando varias docenas de ojos le contemplaron con admiración—. Prometo fortuna y exijo obediencia. Eso es el trato.

Dos hombres se adelantaron.

—No hemos encontrado ninguna mina en Ciudad de Plata. Y esto se está volviendo ya demasiado aburrido para nosotros.

—Vamos a ver cómo movéis los revólveres.

Instantes después el grupo se componía de siete hombres. Todos

eran excelentes pistoleros. Y Kendall sonrió, pensando en lo fácil que era formar una banda y llegar a dominar con los revólveres la tierra sangrienta de Nevada, en cuyo punto más negro, perdido y temible, estaba Ciudad de Plata.

Los hombres que junto con Kendall formaban el grupo, tenían, una bonita historia. Bonita, claro está para aquel que consideraba agradables las cosas que sucedían en Nevada. Dos de ellos habían sido salteadores de diligencias, otro asesino a sueldo, con más de cinco víctimas sobre su conciencia, y los tres restantes pistoleros que vivían de lo que las oportunidades les iban ofreciendo. Ninguno de ellos consideraba razonable matar de frente, a menos que se estuviera muy seguro del triunfo. Cara a cara habían matado a verdaderos niños y a más de una mujer. Pero para los hombres que supiesen manejar el revólver, destinaban el disparo por la espalda.

Kendall les prometió que harían fortuna rápida en Ciudad de Plata. Había acudido allí siendo portador de los nombres de dos individuos de quienes sospechaba que habían encontrado minas sin confesarlo a nadie. Ya que no estaban denunciadas, sería fácil matarlos e inscribirlas a nombre de Kendall. Pero para realizar cómodamente este plan había que eliminar antes algunos obstáculos, y esos obstáculos se resumían en quitar de en medio a Gary. Tal fue la primera labor que se impusieron Kendall y su nuevo grupo de pistoleros.

Pero antes que Gary, se les presentó un enemigo con el que ninguno de ellos contaba: una mujer.

Los siete hombres descansaban en el porche continuo a uno de los saloons cuando la vieron. Era la hora del crepúsculo en Ciudad de Plata, pero aún hacía calor. Por el centro de la calle pasaba poca gente, y en cambio, en los porches había docenas de hombres que, apoyados en posturas indolentes, contemplaban con mirada vidriosa las escasas mujeres que se ponían a su vista.

Ésta era una mujer excepcional, una auténtica belleza. En ninguno de los saloons ni escenarios de Ciudad de Plata podía encontrarse nada que se le pudiera comparar en cuanto a línea y habilidad para destacarla. Pero al mismo tiempo se advertía que aquélla era una mujer dulce, llena de un encanto que no residía sólo en su figura, sino también en la bondad de su corazón.

Lo único malo era que llevaba un revólver.

Colgando de su grácil cintura, una funda con un pesado «Colt» se balanceaba a cada movimiento. La forma como lo llevaba colgado y las distancias exactamente calculadas con relación a su mano derecha indicaban que no era ninguna aficionada a su manejo, sino algo más. Por si faltaba poco, el punto de mira del cañón estaba limado, a fin de que el arma saliera de la funda con más facilidades. Había mucha gente en Ciudad de Plata que llevaba los revólveres así, pero en general éste era un distintivo de los pistoleros profesionales.

Kendall suspiró:

—¿Habéis visto?

—¿A dónde se dirige esa especie de hada?

—Parece como si viniera hacia aquí, hacia el saloon. Camina en dirección a nosotros.

—Pues yo diría —afirmó. Kendall—, que va buscando a alguien, pero que todavía no nos ha visto.

Hizo una seña a sus hombres para que entraran en el saloon, y él les precedió. Al obrar así no quiso perder de vista a la muchacha, que le interesaba extraordinariamente, sino librarse de los testigos que había en los porches, cualquiera de los cuales podía ponerle dificultades si él llegaba a tocar un solo brazo de la mujer. En cambio, con seis hombres dominaría muy bien el espacio cerrado que era el saloon, cosa que no podía conseguir en calle abierta. De modo que si aquella extraña aparición, mezcla de hada y de pistolero, entraba en el local, podía considerarse perdida.

Y la muchacha entró en el saloon.

Lo hizo unos instantes después de sentarse los pistoleros, quienes tenían los ojos fijos en la puerta. Los ojos de Stella Gladis, ya que la mujer no era otra, recorrieron la sala y pronto se detuvieron en la fea cabeza de Kendall.

Se encaminó hacia él, seguida por silbidos y murmullos de admiración. Una vez llegó a su altura se acodó en la barra, pidió al encargado una botella de *whisky* y, con ella entre los dedos, se volvió hacia el grupo de forajidos, mirando directamente a Kendall.

En sus labios flotaba una extraña sonrisa.

—¿Es usted forastero? —preguntó, dirigiéndose a él.

—Sí, soy forastero. Pero puede que me case y me quede a vivir aquí. ¿Y tú, preciosa? ¿Eres de la ciudad?

—¡Oh, claro que sí! La fundé, en compañía de mis hijos, hace unos cuarenta años.

Sonó una carcajada estentórea en el saloon. A Kendall fue al único a quien no hizo gracia la frase, porque la serenidad de la muchacha le había puesto instantáneamente nervioso.

—Me recuerdas a alguien —dijo—. No sé exactamente a quién. A otra mujer que conocí hace un tiempo.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé. Nunca pregunto el nombre de las mujeres hermosas.

—¿Y ella lo era?

—Mucho a pesar de que ya no estaba en plena juventud. Pero puedo asegurarte que tú la superas en mucho.

—De todos modos, es triste pensar que, aunque te lo dijera no recordarías mi nombre.

Las palabras eran casi provocativas. Kendall empezó a mirar a la muchacha desde la cabeza cuidadosamente peinada a la punta de sus finos zapatos de charol.

—Tu nombre no me interesa —dijo—. Tú quizá sí.

—¿Por qué no tomamos una copa por iniciar nuestra amistad? —preguntó con voz suave la muchacha.

—Acepto —susurró Kendall mientras brillaban sus ojillos—. Pero debo reconocer que nunca he encontrado una mujer como tú.

—¿Por qué? ¿Es que las otras se asustaban al verte?…

—Las otras no se mostraban tan atrevidas como tú. Pero me gustan las mujeres atrevidas.

—Lo celebro.

Llenó dos vasos de licor, y ofreció uno a Kendall, quien ya se había puesto en pie para acercarse a ella.

—A tu salud.

—Por nuestra amistad —rió Kendall, mientras sus ojos brillaban ya como un hierro al rojo vivo.

Stella, antes de beber, contempló otra vez a Kendall por encima del borde de su vaso.

—¿De dónde vienes? —preguntó—. ¿Qué quieres hacer tú en esta tierra?

—He venido a hacerme rico para siempre y a conseguir una mujer hermosa.

—Encontrarla no es conseguirla —dijo Stella, mostrando sus

dientes en una estrecha sonrisa.

Kendall creyó que aquello era una nueva provocación. Y, seguro de haber enamorado a la mujer con su sola presencia, acercó su vaso al de Stella para un nuevo brindis.

—Por nuestro amor y nuestro… —empezó a decir.

Se interrumpió de repente. Stella, apretando los labios, le había arrojado a la cara el contenido de su vaso.

—¡Miserable asesino! —susurró ella—. ¡Pobre rata que te arrastras buscando devorar los restos de algún animal muerto! ¡Insecto repugnante al que se aplasta con el pie! ¡Ése es el único brindis que mereces y el único que hago, cobarde!

Kendall, por primera vez en su vida, tardó en reaccionar. Había visto a la muchacha encantadora y tan fácil que ahora le era casi imposible comprender su cambio de actitud. Por unos momentos, y mientras las gotas de licor resbalaban por su cara, abrió la boca como un idiota. Pero eso duró unos instantes tan sólo.

Luego sus dedos se separaron y dejaron caer el vaso al suelo. Su mano derecha se movió acto seguido. Y el terrible impacto de sus nudillos contra el rostro de Stella resonó en todo el saloon.

La muchacha lanzó un gemido y cayó a tierra con los labios bañados en sangre.

—¿Quién eres, loca? —Silbó Kendall entre dientes—. ¿Cómo te has atrevido a desafiar al mejor pistolero de Nevada?

—El canalla más grande de Nevada tal vez lo seas; nunca el mejor pistolero —dijo Stella mirándole desde el suelo con expresión de desafío, mientras su mano derecha se aproximaba a la culata del revólver.

—¡Tu nombre! —rugió Kendall—. ¡Exijo tu nombre!

—Stella Gladis.

—Es la primera vez que lo oigo.

—A un médico llamado Gladis tuvieron que amputarle el brazo derecho después de uno de tus disparos. Su mujer, a la que habías ultrajado, estaba muerta ya cuando tú trataste de asesinarle a él.

—¡Ah, y tú eres su hija! ¡Tú eres la palomita que quieres vengarlos! ¿En qué clase de locura te has metido? ¿Es que no te das cuenta de lo que significa estar a merced de Kendall?

—Yo no estoy a tu merced. Tengo todavía mi revólver.

Y al decir esto intentó sacarlo, con un movimiento que dejó

asombrados a todos por su maravillosa rapidez. Pero Kendall era un pistolero inigualable y además estaba atento. No se dejó sorprender. Con su revólver derecho tiró a través de la funda, en un disparo lleno de matemática precisión, y perforó el revólver de Stella. Cuando ésta logró extraerlo, su «Colt» no era ya más que un pedazo de hierro inservible.

—¿Estás o no a mi merced? —susurró Kendall.

Stella se levantó poco a poco, con movimientos de gata, y sus ojos oblicuos adquirieron la expresión de los de una fiera que se dispone a saltar.

—Ven a por mí.

—Todo a su debido tiempo —sonrió Kendall—. Tú misma te has puesto en mi camino y no voy a permitir que te escapes entera. Pero ahora hay mucha gente que nos estorba, ¿no crees? Sacó el otro revólver, hizo un movimiento de abanico con los dos y gritó:

—¡Despejad el saloon!

Sus seis hombres habían empuñado también los revólveres. Con ellos dominaron completamente la situación en aquel local cerrado. Y si bien en Ciudad de Plata había docenas de hombres a quienes no les importaba morir, todos los clientes del saloon se sintieron atemorizados ante aquella exhibición de catorce revólveres a la vez. Poco a poco, y tras el primer movimiento de sorpresa, los hombres fueron saliendo del saloon.

Unos momentos después no quedaban en el interior más que Stella, Kendall y sus seis pistoleros.

Kendall sonrió y volvió a contemplar a la muchacha de pies a cabeza, mientras hacía una seña a sus hombres, tres de los cuales fueron a ocupar la puerta y las dos únicas ventanas del local.

—¡Miserable! —gritó Stella—. ¡No conseguirás nada! ¡Sólo lograrás que te mate más pronto! ¡Porque he dicho que te mataría y te mataré! ¡Te mataré con mis propias manos!

Kendall dejó caer bruscamente el revólver izquierdo a tierra, y con la mano libre sujetó brutalmente por los cabellos a la muchacha. El movimiento fue tan repentino y salvaje que no dejó tiempo a Stella para esquivar la terrible presa. Y entonces él, mostrando en una diabólica sonrisa la doble fila de sus dientes desiguales, musitó:

—Vamos, acércate a Kendall.

EPÍLOGO

El médico había terminado de examinar la herida de Gary, y ahora se marcaba en sus facciones una línea de preocupación.

—No debía haber peleado. Empezaba a tener la herida bien. Ahora, en cambio, deberá estar sin mover el brazo durante una temporada.

—Eso es una tontería. Me siento bien. El brazo no me duele, y ha sido usted el que ha insistido en mirarlo.

—Parece mentira que con los años que lleva manejando el revólver en el Oeste no sepa aún que muchas veces una herida empieza a ser peligrosa cuando deja de doler.

Gary sonrió y plegó el brazo izquierdo dócilmente, como prometiendo que no lo movería de esa posición. Luego pareció darse cuenta con cierta preocupación de la quietud que imperaba en la casa del médico.

—Todo esto está muy silencioso. ¿Es que Stella ha salido de aquí?

—He tratado de retenerla, pero es imposible. Hará unos veinte minutos ha salido con su hermano John.

—¿Cómo? ¿Qué ha salido? ¿Pero no comprende que desea enfrentarse con Kendall y que John no tendrá valor para impedirlo? ¡Stella habrá continuado sola su camino a los dos minutos de salir de aquí! ¡Y puede que ahora haya encontrado ya a ese demonio de Kendall!

—No puedo hacer nada, Gary —susurró el médico con aspecto abatido—. No puedo hacer nada, se lo juro. Tendría que encerrarla en una celda y montar vigilancia para que no se escapase. Es inútil tratar de impedir que salga de esta casa.

Gary se ajustó bien el revólver derecho al cinto, mientras

apretaba los labios. En este momento se abrió la puerta y entró precipitadamente John.

—Stella… —comenzó.

—¿Qué ocurre con Stella? —rugió Gary—. ¿No ha salido contigo hace unos minutos? ¡Habla!

—No he podido evitarlo… —susurró él.

—¿Qué es lo que no has podido evitar?

—Ha continuado sola poco después de salir de aquí. Se ha negado terminantemente a que yo la acompañara. ¡Y sé que ha ido al encuentro de Kendall, como si Kendall estuviera solo en Ciudad de Plata! ¡Ahora tiene seis pistoleros a sus órdenes!

—¿Tú sabes dónde está? —inquirió Gary con una leve mueca de ansiedad en sus labios.

—Está en el saloon de Grette. Kendall y sus hombres la han encerrado allí.

—¿Que la han encerrado? —rugió el médico, mientras se crispaban los músculos de su garganta.

—Sí. Y hay un hombre en la puerta y otra en cada ventana. Montan guardia para que nadie pueda acercarse allí. En menos de dos minutos las calles han quedado desiertas.

—¡Maldito cobarde! —rugió Gladis—. ¡Si trata de rozarla tan sólo, juro que…!

—No jure —musitó Gary—. Éste es asunto mío. Tengo con Kendall una cuenta que ha llegado la hora de saldar.

Dio media vuelta y salió de la casa. Ya desde el porche se dio cuenta de que, en efecto, todas las calles estaban desiertas.

El saloon de Grette estaba a unos cincuenta pasos. Por cada una de las ventanas se veía asomar las bocas de dos revólveres. Alguien más montaba guardia en la puerta.

Gary avanzó con paso elástico, decidido, enérgico. Fue en línea recta hacia la puerta del saloon. Sentía cómo el revólver golpeaba quedamente en su cadera derecha a cada paso. La noche ya había caído sobre Ciudad de Plata.

Los revólveres que había en las ventanas se movieron.

Alguien apuntó también desde la puerta. Seis pares de ojos estaban clavados en él. Cuando llegara a veinte pasos del saloon, los disparos ya serían mortales. No había a su alrededor una pared ni un simple pedazo de madera con que protegerse. Su único recurso

estaba en la penumbra de la calle.

Gary conocía bien a los pistoleros. «Dispararán cuando me encuentre a quince pasos —se dijo—. No se expondrán a fallar. Tengo por lo tanto ocho o diez pasos para pensar alguna cosa».

La fachada del saloon se aproximaba. Las figuras de las bailarinas dibujadas en ella parecían ya gigantescas. Los revólveres de las ventanas giraron unos grados para enfilarle mejor.

Tres pasos más, cuatro, cinco… Estaba ya a unos quince pasos del saloon. Los pistoleros dispararían ahora. Ésa era la distancia ideal, la distancia en que un hombre no está demasiado cerca ni demasiado lejos.

Y de repente Gary se movió.

Había dos faroles que iluminaban su figura, uno a la derecha y otro a la izquierda. El de la derecha era el más cercano y el que le iluminaba mejor. Una vez apagado éste, el de la izquierda casi podría considerarse como una ayuda porque dibujaría sombras extrañas y confusas en la superficie de la calle.

Por eso, cuando Gary se movió lo primero que hizo fue arrojarse al suelo. Y luego «sacó» con una velocidad fantástica para disparar contra el farol de su derecha.

Éste se rompió, con un seco estallido de cristales, e inmediatamente los pistoleros del saloon empezaron a hacer fuego. Una verdadera tromba de disparos se abatió sobre la calle.

Pero Gary sabía demasiado bien que su única posibilidad de seguir con vida estaba en no permanecer más de dos segundos en el mismo sitio. Ya en el instante mismo de disparar había saltado hacia adelante. Las balas cribaron el suelo muy cerca de sus pies, y luego se desviaron ligeramente. El farol de la izquierda dibujaba una sombra que vino en su ayuda, al desorientar por un instante a sus enemigos.

Dos saltos más situaron a Gary muy cerca de la fachada. Pero aun así hubiese muerto acribillado de no haber ocurrido algo que por un segundo volvió a desorientar a sus enemigos.

Dos figuras llegaban corriendo desde los porches fronteros. Uno era la de un hombre joven, ágil. La otra apenas podía seguirle. Y fue de esa segunda figura de donde surgió una voz:

—¡John! ¡John, no te vayas!

Gary casi se estremeció. ¡John, el cobarde, había reaccionado y

acudía a salvar a su hermana!

Una bala disparada desde la puerta hizo tambalearse a la primera de las figuras, John, que había sido alcanzado, cayó, pero al instante se levantó y siguió corriendo. Su padre trató de detenerle, pero otra bala se lo impidió al hacerlo vacilar, aunque no llegó a alcanzarle.

Gary, que estaba junto a la fachada, no perdió un solo segundo. Levantó el revólver, y el pistolero apostado en la ventana más cercana, quien se había confiado un poco, recibió el balazo en la mandíbula. Antes de que llegara a caer del todo, Gary había saltado ya por allí.

Vio entonces el interior del saloon, que estaba iluminado por varias lámparas.

A Stella la habían atado sobre una mesa, cara al techo. Kendall y tres pistoleros más la rodeaban. Había otro en la puerta y uno más en la segunda ventana.

—¡Cuidado! —gritó Kendall.

Mientras el pistolero gritaba, Gary se movía, lo que siempre es mucho más eficaz. Dio un salto y se colocó debajo de una mesa. Su trayectoria fue cortada por varias balas, pero demasiado tardías. Ninguna de ellas le alcanzó. Y Gary, desde su precario refugio, hizo fuego contra el grupo que formaban Kendall y sus pistoleros. Dos de éstos cayeron sin tener tiempo para cambiar la dirección de sus revólveres. Las balas de Gary habían atravesado sus frentes.

Kendall, no fue alcanzado porque estaba medio protegido por ellos. Pero se dio cuenta del peligro, y empleó para esquivarlo uno de sus recursos más miserables.

Tumbó la mesa de la muchacha, de manera que quedase frente a los revólveres de Gary, y él se colocó detrás. Si Gary quería matarle tendría primero que acribillar a Stella.

Pero Gary tenía otros enemigos, además de él. Y ante todo convenía eliminarlos.

Tiró contra el de la ventana, el cual le enfilaba de costado. Sus balas casi se cruzaron, pero Gary fue más preciso y sólo él dio en el blanco. Su enemigo cayó poco a poco. Pero Gary quedaba ahora al descubierto para el de la puerta, y al mirarle se dio cuenta de que ya no podría esquivar su disparo. Levantó el revólver para morir matando. Si no le alcanzaba en el cráneo, aún tendría también

tiempo para disparar él también.

Pero el de la puerta no llegó a apretar el gatillo. Alguien disparó desde fuera y le alcanzó en el parietal. Aún no se había desplomado del todo cuando John Gladis, con el revólver humeante, apareció en los batientes. Gary le dedicó una estrecha sonrisa.

—Gracias, amigo.

Desde la puerta, John, que estaba herido, disparó otra vez. Su balazo hizo agazaparse al pistolero que estaba junto a Kendall. Pero antes de que se ocultara del todo, Gary lo eliminó de un disparo a la cabeza.

Desde detrás de la mesa se oyó el rugido de Kendall:

—¡Entrégate o acribillaré a la chica!

—¡Puedes empezar a acribillarla! ¡Será lo último que hagas en tu vida!

Mientras hablaba, Gary saltó sobre la mesa a la que Stella estaba sujeta, y ésta dio dos vueltas por el suelo, en tanto que la muchacha gritaba. Kendall quedó al descubierto e hizo fuego. La bala arrancó cabello de la cabeza de Gary, quien tuvo como un desvanecimiento. Pero esto duró tan sólo una fracción de segundo. Al instante, con la culata, golpeó la muñeca derecha de Kendall, fracturándosela, mientras con el brazo izquierdo, muy debilitado, sujetaba la muñeca izquierda del pistolero. Otro golpe con la culata al codo de su enemigo, y ese segundo revólver saltó también. Kendall se puso en pie tambaleándose y sintiendo como si una máquina infernal le hubiera seccionado ambos brazos.

Gary no le dejó descansar.

Con el revólver todavía sujeto en la mano derecha, movió el brazo en un alucinante gancho. El cañón, el guardamontes, y luego la culata se aplastaron contra la mandíbula de Kendall, que quedó destrozada. Un nuevo culatazo le abrió la frente, Kendall cayó atrás, y antes de que se desplomara del todo, un nuevo culatazo le abrió la mejilla en un terrible corte, al ser rasgada por el punto de mira del revólver. Entonces, hecho un guiñapo, sin fuerzas, Kendall se desplomó.

El saloon quedó sumido en un espantoso silencio, sólo roto por los sollozos entrecortados de Stella, que por fin tenía miedo y por fin se sentía mujer.

Y en ese momento otro hombre entró por los batientes del

saloon. Un hombre casi viejo, hundido, con un maletín negro en su mano derecha. Gladis miró a su hijo, que se sujetaba el hombro izquierdo herido, y luego a Kendall, de cuyas heridas manaba un verdadero torrente de sangre.

—Ese hombre va a morir —susurró.

—¿Y qué? —preguntó Gary, mientras se disponía a dejar libre a Stella—. ¿No es eso lo menos que merecía?

El médico no contestó. Con sus débiles fuerzas ayudó a incorporarse a Kendall y lo tendió sobre una de las mesas.

—¿Pero qué va a hacer? —rugió Gary.

—Tratar de salvarle.

—¿Salvar a ese buitre? ¿Acaso ha olvidado ya que fue él quien arruinó su vida? ¿Acaso no sabe que ha arruinado la vida de muchos otros? ¡Todos los jueces de Nevada lo reclaman para enviarlo a la horca!

—Si lo envían a la horca, ya no es cuestión mía. Pero ahora sólo sé que es un ser humano y que va a morir si alguien no le cierra esa brecha espantosa de su frente.

Los ojos de Gary se entrecerraron.

—Es usted el hombre más bueno y más digno que he conocido, señor. Pero Dios quiera que no se arrepienta de esto.

Temblorosamente, el médico abrió el maletín. Gary que había terminado ya de liberar a la muchacha, la sujetó entre sus brazos. Y todos vieron cómo la única mano de Gladis limpiaba suavemente la herida del hombre que destrozó todo lo que él había amado.

—Sácame de aquí —susurró Stella—. Tienes que sacarme de aquí…

—¿Han llegado a causarte algún daño, Stella?

—No tuvieron tiempo. Pero sus intenciones eran bien claras. Por Dios, Gary, llévame a casa. No quiero seguir viendo a ese monstruo ni un solo instante más.

Se dirigieron hacia la puerta, mientras John se apoyaba en una pared y el médico se volvía de espaldas a Kendall a fin de buscar con los ojos un trapo limpio que le sirviera para taponar la herida.

Y entonces sucedió algo. Kendall, que no estaba tan exánime como había pretendido, se movió rápidamente. Y su mano izquierda, cuya muñeca no estaba fracturada, sujetó un bisturí que el médico había dejado junto a su cuerpo. Un segundo después lo

había levantado para asestar a su salvador una traidora puñalada por la espalda.

Stella, con un soplo de voz, dijo:

—¡Dios mío!

Gary fue a volverse, pero en ese momento todos oyeron la voz de John:

—Quieto, Kendall.

John tenía la mano derecha sobre la culata de su revólver. No tiró de él para matar a Kendall. Se limitó a ordenar:

—Coge tú también un revólver, perro.

—¡Cuidado, John! —gritó Stella—. ¡No lo hagas! ¡No debes desaf…!

—Déjale —musitó Gary—. Déjale porque en este momento acaba de nacer un hombre.

Kendall, sujetó con la mano izquierda, tras ponerse en pie, uno de los revólveres que había en el suelo dejándolo caer en su funda. John Gladis, para no tener ni siquiera la ventaja de la mano, cambió también, sujetando su revólver izquierdo, correspondiente al hombro que tenía herido.

—Es un duelo en igualdad de condiciones, Kendall —susurró—. Tenía ganas de atreverme a esto.

—Tienes valor, ¿eh? —sonrió el pistolero.

—No hace falta mucho valor para matar a un perro.

Kendall, «sacó», y en ese momento una nube roja le cegó la vista. Creyó que era la sangre que manaba de su herida, pero se equivocó. Era un balazo entre los ojos. John Gladis, había disparado tal vez como viera hacer a Gary. Y ahora, mientras le fallaban las fuerzas y se doblaban sus rodillas, siguió disparando hasta llenar el cuerpo de Kendall de trágicos botones rojos.

Gary se acercó a él y le ayudó a levantarse.

—Te felicito, John. Ni yo hubiera sido capaz de igualar ese tiro.

—Gracias, señor. Si entraba a formar parte de la familia el último «Caballero de la Llanura» no debía encontrar en ella ningún cobarde.

Gary le abrazó, y en aquel momento sus ojos encontraron los de Stella Gladis. Y supo leer una palabra en aquellos ojos. La palabra para él más simple y la más prometedora del mundo: «Sí».

FIN